

VIAJE HACIA EL HORROR

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



VIAJE HACIA EL HORROR

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION


LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

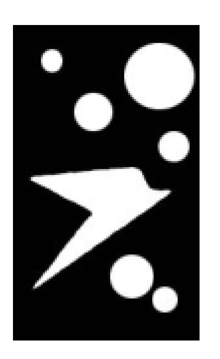
KELLTOM McINTIRE

VIAJE HACIA EL HORROR

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 349

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 6.393 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: abril, 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Todo fue bien hasta el día en que Glosser recogió aquellas muestras espaciales en el captador de meteoritos.

Jamás me he fiado de Glosser y puedo jurar que no le escogí yo para formar parte de la expedición espacial científica ARCADY-2500.

Mi desconfianza hacia Glosser se demostró cuando Diana Davis vino a verme a la cabina de control.

Diana y yo habíamos intimado mucho a bordo.

Es decir, durante el largo viaje de dos años nos enamoramos profundamente.

Diana no sonreía. Por el contrario, sus bonitas facciones expresaban una intensa alarma.

—¿Qué sucede? —pregunté, advirtiendo su palidez.

Lanzó una mirada temerosa a Millan, el copiloto, y al ingeniero de telecomunicaciones Hackman, que ocupaban sus puestos en la cabina de control de vuelo.

Diana habló en un susurro:

—¿Puedes venir un momento a mi cabina?

Ya no me cabía duda que estaba ocurriendo algo grave.

Ordené, pues, a Millan que se ocupase de la navegación, dejé el puesto de mando y seguí a Diana por los pasillos deslizantes de la astronave Comet bautizada con el nombre de la expedición, es decir, ARCADY-2500.

Penetramos en la cabina de Diana Davis y ella cerró la escotilla a su espalda.

—Me tienes sobre ascuas, querida. ¿De qué se trata?

Ella se retorció las manos, cada vez más nerviosa.

—Tú me conoces bien, Jack. Soy enemiga de las murmuraciones y de las críticas. Pero ahora creo... que debo informarte de mi descubrimiento —pronunció solemnemente.

—¿Y bien...?

—He descubierto que Glosser ha ocultado unas muestras de meteoritos recogidas por el captador de partículas espaciales —declaró.

Sonreí.

—Bueno, no es tan grave, si ya estaban esterilizadas. Todos nosotros guardamos algunas muestras de minerales raros, como recuerdo.

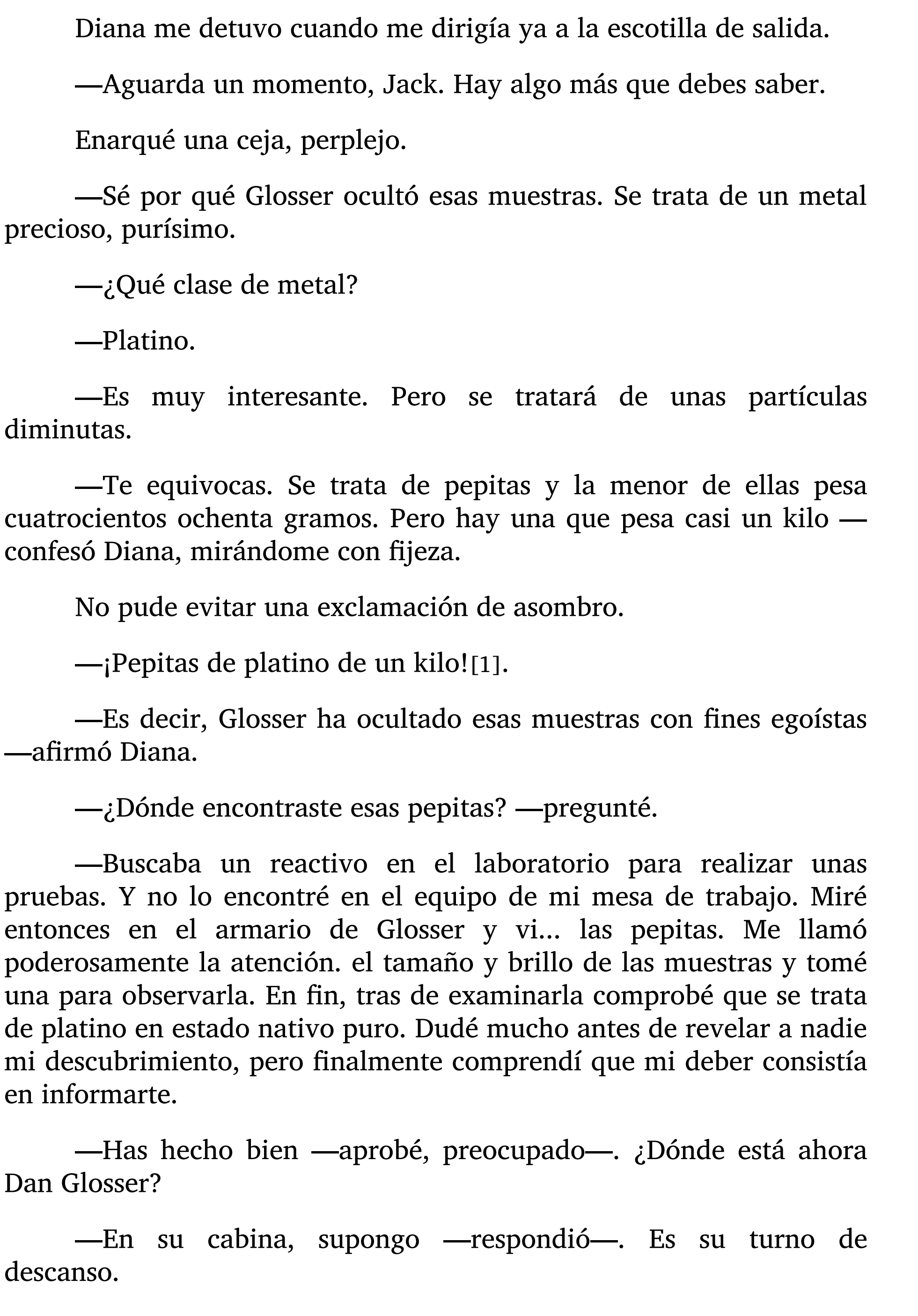
Diana se impacientó.

—¡Ya... lo sé! —exclamó—. Pero he comprobado que las muestras con que Glosser se quedó no están esterilizadas, por la sencilla razón de que él las recogió directamente del captador y... las ocultó a todos.

—¿Estás segura de que Glosser no llevó las muestras a esterilización? —preguntó, entre incrédulo y preocupado.

—Mi especialidad es la bioquímica, ¿no? —respondió Diana, un tanto disgustada.

—Bien, en ese caso llamaré a Glosser —decidí—. Tendrá que responder de ese acto de indisciplina. ¡Ese estúpido...! El no ignora que su torpe acción puede ponernos en peligro a todos.



Diana me detuvo cuando me dirigía ya a la escotilla de salida.

—Aguarda un momento, Jack. Hay algo más que debes saber.

Enarqué una ceja, perplejo.

—Sé por qué Glosser ocultó esas muestras. Se trata de un metal precioso, purísimo.

—¿Qué clase de metal?

—Platino.

—Es muy interesante. Pero se tratará de unas partículas diminutas.

—Te equivocas. Se trata de pepitas y la menor de ellas pesa cuatrocientos ochenta gramos. Pero hay una que pesa casi un kilo —confesó Diana, mirándome con fijeza.

No pude evitar una exclamación de asombro.

—¡Pepitas de platino de un kilo![1].

—Es decir, Glosser ha ocultado esas muestras con fines egoístas —afirmó Diana.

—¿Dónde encontraste esas pepitas? —pregunté.

—Buscaba un reactivo en el laboratorio para realizar unas pruebas. Y no lo encontré en el equipo de mi mesa de trabajo. Miré entonces en el armario de Glosser y vi... las pepitas. Me llamó poderosamente la atención. el tamaño y brillo de las muestras y tomé una para observarla. En fin, tras de examinarla comprobé que se trata de platino en estado nativo puro. Dudé mucho antes de revelar a nadie mi descubrimiento, pero finalmente comprendí que mi deber consistía en informarte.

—Has hecho bien —aprobé, preocupado—. ¿Dónde está ahora Dan Glosser?

—En su cabina, supongo —respondió—. Es su turno de descanso.

Reflexioné durante unos minutos.

Mi misión como coronel-director y piloto de la astronave ARCADY-2500 no era nada fácil.

Durante dos años de navegación a través del espacio, cubriendo distancias casi imposibles de imaginar para la mente humana, me habían dado posibilidad de comprobarlo.

La ARCADY-2500 era un perfecto y seguro hábitat humano, incluso en las condiciones más extrañas y extremas. Pero era seguro, sobre todo, gracias a una disciplina férrea que había hecho posible que cada una de las sesenta y dos personas de a bordo cumpliera sistemáticamente con su labor.

Aquellas personas habían sido seleccionadas por medios electrónicos. Sobre el papel, era razonable esperar que no fallarían. Pero la realidad se había demostrado muy diferente a lo largo de aquellos setecientos días: la larga y monótona convivencia había sacado a flote ramalazos de violencia, brotes de egoísmo, hipocresía, envidia, rebeldía...

Ahora surgía la codicia, personalizada en Glosser, el encargado de manipular y controlar el captador de partículas que permitía a la astronave tomar muestras espaciales a la deriva.

Por fortuna, la razón y una férrea voluntad de llevar a cabo la misión encomendada, consiguió equilibrar la balanza de cuanto supone moralmente cualquier persona: vicios y virtudes.

Ahora debía enfrentarme con Glosser y aclarar la situación. No me gustaba en absoluto esta faceta de mi misión. Sabía que Glosser aduciría más tarde que era sólo la antipatía que sentía por él lo que me había impulsado a realizar una investigación y, tal vez, a relevarle de sus funciones.

Abandonamos la cabina de Diana y salimos al pasillo.

De sus labios no brotó la pregunta que yo ya esperaba: «*Y ahora, ¿qué piensas hacer?»,* lo cual decía mucho de su discreción y de su delicadeza femenina.

Morton Donsey avanzó por el pasillo deslizante y se apeó junto a nosotros.

Sus ojillos grises, muy vivaces, me observaron con atención.

—¿Problemas, coronel McWitt? —dijo con aquella expresión suya que parecía decir sin palabras: *«Puedes contar conmigo.»*

Morton Donsey tenía ochenta y dos años. A bordo de la ARCADY-2500, Donsey era el único hombre que no tenía una misión específica. Al menos no de una forma activa.

Donsey se había ofrecido voluntariamente —como todos nosotros— para formar parte de la expedición. Pero su papel era meramente activo: servía como conejillo de Indias para permitir que el doctor Kalavan y su equipo pudieran comprobar en su organismo las alteraciones que el viaje espacial pudiera tener en la constitución física de los ancianos.

A pesar de su edad, Morton Donsey se conservaba muy bien. Era ágil y poseía una agudeza mental poco común.

Además, era un literato famoso, el novelista del siglo XXVI.

Yo le apreciaba mucho, aunque debo reconocer que, a veces, llegaba a exasperarme con aquella habilidad suya para adivinar, con solo mirarme, mi estado de ánimo.

—Hola, señor Donsey —respondí—. No, no hay ningún problema, aunque...

Le hablé con claridad del asunto Glosser. Porque estaba completamente seguro de que Donsey acabaría adivinando la verdad, antes o después.

Cuando terminé de hablar, Donsey movió la cabeza lentamente.

—Ese Glosser... Bien, imaginaba que un día u otro iba a causarnos problemas —comentó.

—Naturalmente, debo entrevistarme con él ahora mismo. Le relevaré y le... —empecé a decir.

Donsey me interrumpió, con su característico movimiento de cabeza.

—Nada peor, coronel. Creo que lo mejor sería guardar esas muestras en lugar seguro y olvidarse del asunto —dijo.

—Vamos, vamos, Morton —le recriminé—. Eso sería atentar contra la disciplina. Glosser debe ser advertido y castigado.

—No se lo aconsejo. Si lo hace, todos sabrán que Glosser encontró esas valiosas muestras. Comenzarán a ponerse nerviosos, a indagar el origen de las prodigiosas pepitas y a descuidar su misión. En cambio, si guarda las muestras sin decir palabra, Glosser se sentirá desconcertado, imaginará que le vigilan para desenmascararle y, solapadamente, disimulará y evitará escamotear nuevas muestras. Estoy seguro de que, obrando así, Glosser no se atrevería a confiar su secreto a nadie. Y el problema estaría resuelto.

No quería dar mi brazo a torcer, pero finalmente tuve que admitir que la solución que me brindaba el sagaz Donsey era la más sensata.

Poco después nos separábamos del anciano.

—Vigila discretamente a Glosser —encargué a Diana.

—Confía en mí. No lo perderé de vista —prometió.

No le sería difícil mantenerlo bajo vigilancia, puesto que Diana debía examinar y tratar todas las muestras que Glosser recogía y éste trabajaba en ocasiones como su ayudante en el laboratorio bioquímico.

Volví a la cabina de navegación y control.

La ARCADY-2500 se dirigía al planeta Agsmos, del sistema solar Tellus, cuyos espacios estelares recorría desde un mes atrás nuestra astronave.

Agsmos nos interesaba mucho. Se trataba de un planeta con futuras posibilidades de vida, aunque en la actualidad tal posibilidad era totalmente descartable, puesto que las temperaturas en su superficie eran altísimas, debido a los terremotos y movimientos sísmicos de toda naturaleza que tenían lugar constantemente sobre su corteza y alteraban sin cesar su orografía.

Joanna Barris penetró en la cabina, poco después. Me miró de reojo y se acercó a Hackman, nuestro ingeniero de telecomunicaciones, contoneando provocativamente las caderas.

No puedo negar que hubo un tiempo en que Joanna me atrajo mucho. En verdad, era una mulata preciosa, ágil como una pantera y lasciva hasta el límite, que estuvo a punto de dar al traste con mi sensatez en los primeros meses de navegación a bordo de la ARCAD Y-2500.

Por fortuna, descubrí a tiempo el verdadero carácter de Joanna: tan voluble, libidinosa y absorbente que llegó a inspirarme repulsión.

Ahora, Joanna, sintiéndose despreciada, me odiaba. Pero yo era el coronel-director de la astronave y me estaba sujeta por la disciplina.

Advertí que ella mostraba un documento a Hackman y los dos cambiaban impresiones.

Luego Hackman abandonó su puesto y se acercó a mí:

—Hay novedades, coronel. Hemos detectado una densa masa de meteoritos en nuestra ruta a Agsmos —me informó.

Según Hackman, era aconsejable alterar nuestra ruta levemente.

Pero cualquier alteración en nuestro itinerario suponía un posterior gasto extra de energía para volver a la dirección correcta hacia el planeta Agsmos.

Yo era consciente de la necesidad de realizar cualquier maniobra con la mayor economía de combustible, puesto que, en el espacio, ahorro de energía es igual a seguridad.

—¿De qué tamaño son esos meteoritos? —indagué.

—Según Joanna, de unos seiscientos a mil doscientos gramos.

Nuestra nave espacial estaba dotada de un grueso blindaje muy seguro, pero es necesario aclarar que cuando se viaja a quince mil metros por segundo un pedrusco de mil gramos puede provocar una catástrofe.

—Veamos —dije en voz alta—. Podíamos poner en marcha el repulsor magnético. Es cierto que también el repulsor realiza un gasto de energía considerable, pero muy inferior al necesario para alterar nuestro derrotero.

El repulsor magnético se había demostrado .muy eficaz cuando atravesamos el llamado Mar de los Meteoritos: Mediante su acción, una fuerte fuerza magnética envolvía la superficie de la astronave y rechazaba o amortiguaba muy efectivamente el impacto de meteoritos de hasta cinco kilos de masa.

Hackman estuvo de acuerdo conmigo y el repulsor fue puesto en acción.

Media hora después, la ARCADY-2500 penetraba en el campo de meteoritos.

La nave vibró levemente, pero los aparatos de detección de averías no dieron la menor alarma.

Sin embargo, cuatro horas después y cuando me disponía a dejar el gobierno de la astronave en manos del pelirrojo Bill Millan, Diana Davis vino a verme a la cabina.

Estaba pálida y parecía muy ansiosa.

—Glosser está recogiendo centenares de kilos de pepitas de platino en su captador de partículas —dijo con un hilo de voz.

CAPÍTULO II

Tragué saliva. Respiré profundamente para recuperarme de la sorpresa.

—Pero... ¡es imposible! —murmuré—. ¡Centenares de kilos de platino...!

La miré y dije, esperanzado:

—Debe ser una broma.

Pero su expresión era terriblemente seria.

Es más: juraría que Diana se sentía sobrecogida de espanto.

—¡Por amor de Dios, Jack! ¿Cómo puedes tomar a broma una situación como ésta? —gimió.

Abandonamos la cabina de navegación, pues no quería que Millan o Hackman pudieran percibir nuestra agitación.

En el pasillo, mientras avanzábamos sobre las cintas deslizantes hacia el laboratorio, Diana dijo:

—Glosser debe haber perdido la razón. Ni siquiera advirtió que yo penetraba en la cabina de mando del captador. Estaba sentado en el suelo y manoseaba con expresión demencial puñados de pepitas brillantes. Le oí murmurar: «¡Mío, mío, todo es mío! ¡No permitiré que nadie me dispute esta riqueza»! Estoy segura de que...

—¡Sigue! —exclamó, advirtiendo que se atragantaba.

—De que Glosser sería capaz de matar por conservar esas pepitas —confesó, alarmada.

—Tranquilízate —dije. Y también trataba de serenarme a mí mismo, pues me sentía anormalmente nervioso—. Si es necesario, aislaremos a Glosser y arrojaremos ese metal al espacio, si con ello nos ahorramos quebraderos de cabeza.

Para sorpresa mía, Diana me tomó por un brazo con brusquedad impropia de ella.

—¡Arrojar al vacío esa riqueza! —exclamó.

Nos detuvimos y la miré.

Tenía una expresión extraña.

Cierto que seguía siendo Diana, mi Diana, la mujer de la que yo estaba profundamente enamorado, pero algo acababa de cambiar en ella.

Advertí que sus ojos destellaban más de lo normal, que sus finas facciones se habían tensado, las aletas de su nariz estaban distendidas y sus labios entreabiertos como si respirase con dificultad.

—¡ Diana! —grité, sacudiéndola por los hombros—. ¿Es que tú también has perdido la razón? Sabes muy bien cuál es nuestro deber. O ¿es que tú también te sientes contagiada de la codicia de Glosser?

Suspiró profundamente y gimió.

La vi parpadear y luego sus facciones parecieron relajarse un tanto.

—No lo sé —confesó con sinceridad—. Quizá me sentí desquiciada ante el temor de perder unas muestras de incalculable valor.

—Pero tú sabes que nada de lo que consigamos reunir aquí nos pertenece. Nuestra misión es la investigación científica y el estudio. No hemos venido a esta galaxia a enriquecernos.

—Lo sé —asintió, contrita—. Creo... creo que estaba demasiado excitada.

—Vayamos al laboratorio —decidí—. Tenemos que aislar a Glosser y ocultar esas pepitas.

—¿Dónde guardaste las otras? —preguntó Diana, de improviso.

—En la caja fuerte de mi propia cabina. Pero ¿qué importa eso?

—Nada. Era simple curiosidad —respondió.

Penetramos en el laboratorio.

Creo que fui excesivamente confiado, pues no llevaba ningún arma conmigo.

Era lógico, puesto que nosotros componíamos un grupo científico y para nada necesitábamos defendernos a bordo, aunque tomábamos como precaución las armas cuando poníamos pie en cualquier planeta desconocido o poco explorado.

Atravesamos aprisa el espacioso laboratorio y penetramos en la cámara del captador de partículas.

Diana había dicho la verdad: Glosser parecía loco manejando el aparato y volcando sobre el suelo una y otra carga de partículas recién extraídas del espacio.

Glosser no parecía consciente del peligro que corría con su loca maniobra. Sin embargo, él sabía muy bien que las muestras podrían estar contaminadas con bacterias o virus desconocidos y que manosear las pepitas antes de haber sido esterilizadas podía representar la muerte para él mismo y para todos sus semejantes a bordo de la ARCADY-2500.

Sentí que la cólera me ahogaba.

—¡Glosser! —grité—. ¡Apártese de ahí, ahora mismo!

Se volvió y nos vio.

Me asusté al contemplar su rostro desencajado y sus manos crispadas como zarpas de animal.

Tenía una expresión demoníaca y sus ojos destellaban con furor homicida.

—¡Usted! —gritó—. ¡Usted me robó, coronel!

Comprendí que no sería posible razonar con él, dado su extremado estado de agitación.

Por eso avancé hacia él, dispuesto a reducirlo.

Glosser se inclinó sobre su tesoro, agarró unas cuantas pepitas de las más voluminosas y comenzó a apedrearme con ellas, mascullando entre dientes rabiosas palabrotas ininteligibles.

A duras penas conseguí evitar que sus pedradas me alcanzaran en la cabeza, aunque recibí un doloroso impacto en el pecho y otro en un brazo.

Hasta que salté sobre él y conseguí sujetarle. No era momento adecuado para andarse con contemplaciones y Je abatí de un puñetazo entre las cejas.

Me levanté jadeante y me volví a ordenar algo a Diana, pero en la cámara había alguien más.

En la entrada estaban Joanna Barris y George Jackson, un gigantesco negro que detentaba el cargo de intendente de provisiones a bordo.

—¿Qué es eso? —preguntó Jackson, estupefacto, señalando con la mano el montón de brillantes pepitas sobre el que yacía Glosser.

—Nada que pueda importarles —respondió, malhumorado—. Salgan inmediatamente de la cámara.

Joanna avanzó unos pasos.

Tenía un gesto petulante en sus abultados labios y sonreía, desafiante.

—¿De veras no lo sabe, coronel? —se burló—. Vamos, no va a engañarnos. Glosser me habló el otro día. ¡Sé que son pepitas de platino!

Jackson avanzó también.

Sus ojos, saltones, no se apartaban de las pepitas.

—Ah, bueno —comentó, cínico—. Supongo que pretende quedarse con todo eso, coronel McWitt.

Me exasperé.

—Pero ¿es que todos se han vuelto locos? —rugí, excitado—. Nada de esto nos pertenece, ni a mí ni a ustedes. Son muestras que deberán ser esterilizadas, examinadas, etiquetadas, clasificadas y… transportadas a la Tierra cuando nuestra expedición haya llegado a su fin.

Joanna irguió el busto, lasciva.

—¿Sí? Deje de fingir, coronel. Usted quiere ese platino para usted y para —señaló irónicamente a Diana— su gatita.

—Creo… creo que cometí un error al dar mi visto bueno a sus peticiones para formar parte de la expedición ARCADY-2500 —farfullé, profundamente indignado.

Jackson puso sus manos sobre las caderas.

—Comprendo. La eterna discriminación racial… La suprema decisión de los poderosos blancos sobre los desgraciados negros .—exclamó, lleno de odio.

Me impacienté.

—¡No se trata de eso! Simplemente, ustedes dos me parecen indignos de pertenecer al equipo de esta astronave —grité.

Los negros ojos de Joanna Barris lanzaron un relámpago de ira.

—¡Mátale! —exclamó—. ¡Mátale, George! ¡Tú eres fuerte, puedes hacerlo! ¡Adelante!

En sus palabras vibrantes latían el rencor y el despecho más profundos. Joanna no había olvidado que yo la había dejado a ella para inclinarme por Diana Davis.

En cuanto a Jackson, había contraído sus músculos y parecía muy dispuesto a atacarme.

Lo hizo.

Si su salvaje patada hubiera conseguido alcanzar mi cráneo, es muy posible que yo jamás hubiera podido contar este relato.

Pero me incliné a un lado, atenacé ¡su tobillo y lo retorcí con todas mis fuerzas.

Jackson dejó escapar un rugido de animal y se dejó caer al suelo.

Por desgracia, resbalé sobre las pepitas cuando me disponía a incorporarme para utilizar mi pequeño intercomunicador.

La cabeza del intendente de provisiones, avanzó sobre mí como un bólido, sentí el terrible golpe en la boca y perdí el conocimiento.

CAPÍTULO III

Volví en mí una hora más tarde.

Abrí los ojos y gemí de dolor.

Junto a mí estaban el doctor Kalavan, su ayudante, la rubia Lorena Goldman y, más allá, Morton Donsey y Diana.

Fui a hablar y un coágulo sanguinolento brotó de mis fauces.

Lorena Goldman se apresuró a limpiarme.

—Calma, coronel —dijo el doctor Kalavan—. Debe tranquilizarse: la situación está bajo control.

Me contó que, en la cámara del captador, Diana había conseguido derribar a Joanna y huir.

El teniente Millan, segundo jefe de a bordo, se había hecho cargo de la situación y, acompañado de varios hombres, habían conseguido reducir a George Jackson.

Ahora, tanto Jackson, como Glosser y Joanna estaban arrestados en sus cabinas e incomunicados.

Morton Donsey y Diana se aproximaron al lecho.

—Sin embargo, no podemos ocultarle que existe una gran tensión entre las personas del equipo, Jack —afirmó Morton, grave—. No se ha podido ocultar , lo que sucedió en la cámara del captador: ahora saben que Glosser ha estado recogiendo más de un centenar de kilos de enormes pepitas de platino.

Yo apenas podía respirar y sentía todo mi rostro dolorido. Alcé una mano y noté que tenía un apósito aséptico sobre mi abultada nariz.

—Jackson te fracturó el tabique nasal —me dijo

Diana, acariciándome la frente—. Ahora sólo debes preocuparte de descansar y reponerte.

Me incorporé sobre el lecho, vivamente excitado.

—Pero… ¡no puedo descansar! Necesito seguir al frente de esta astronave y controlar la situación —protesté.

—No es posible, por ahora —Kalavan me retuvo por un brazo—. Está usted todavía bajo los efectos de un *shock* intenso y su estado podría complicarse. Tiene que descansar. Le inyectaré un sedante.

Lorena Goldman pinchó en mi brazo antes de que yo pudiera impedirlo. Quise saltar fuera del lecho, pero mis fuerzas languidecieron y mis ojos comenzaron a cerrarse.

* * *

Kalavan me permitió abandonar el lecho veinticuatro horas más tarde. Según él, mi organismo había superado el *shock* y ahora sólo necesitaba esperar a que mi tabique nasal se consolidase.

Pedí que viniera el teniente Millan.

Bill penetró en la cabina poco después. Parecía muy nervioso, aunque se esforzaba en disimularlo.

—Gracias por tomar el relevo de forma tan eficaz, Bill —le dije —. ¿Qué es lo que está ocurriendo a bordo?

Estaba excitado, pero su excitación fue subiendo de punto a medida que hablaba.

—La gente parece fuera de sí. Todos hablan de ese fabuloso tesoro y fantasean sobre la posibilidad de seguir capturando en el espacio toneladas de platino. No hacen más que hablar y hablar y comienzan a desatender su trabajo. Creo… creo que debiera tomar el mando de nuevo, coronel. Durante las últimas horas, he estado sometido a una tensión tan alta, que me siento exhausto.

—Ya estás relevado del mando, Bill. Puedes irte a descansar: yo me haré cargo de todo —le dije.

—Gracias, coronel —suspiró—. Creo que no podría aguantar en pie una sola hora más.

—Un momento, Bill —le detuve cuando se disponía a salir—: ¿qué hizo con las muestras que capturó Glosser?

—¿Se refiere a las pepitas? Jackson y Joanna Barris tenían los bolsillos llenos de ellas, pero les obligué a devolverlas. La doctora Davis se ha hecho cargo del hallazgo para realizar su esterilización —respondió.

Cuando salí de mi cabina, sorprendí una pequeña reunión en el pasillo.

Hackman, el doctor Kalavan, el reverendo Thomas Jones, el astrónomo Ed Muller y Lorena Goldman cuchicheaban en voz baja, como si conspiraran entre sí.

Callaron cuando me vieron aparecer y en seguida se separaron y cada cual tomó su camino.

El ambiente se iba tornando más y más tenso, según pude percibir.

Fui directamente a la cabina de navegación, saludé a White, que había relevado al ingeniero Hackman, y me situé en mi puesto de mando.

Conecté la cámara de televisión de proa y contemplé el insondable espacio ante mí.

Agsmos estaba ya próximo, apenas a siete días de viaje. Aparecía envuelto en su atmósfera azul-verdosa, que le confería un aspecto fascinante, casi fantasmagórico.

Sin embargo, su resplandor no era capaz de atenuar el brillo del planeta Silvershine, al que habíamos dado este nombre en virtud de su metálico resplandor [2].

Pensé en el extraño hallazgo que suponían aquellos centenares de kilos de pepitas de platino. Y par asociación de ideas, recordé que también Ed Muller, nuestro experto astrónomo y geofísico había formado parte de la enigmática reunión del pasillo.

¿De qué se hablaba allí?

Decidido a averiguarlo, utilicé el intercomunicador de a bordo y dije a Muller que le esperaba en mi despacho.

Poco después le tenía a mi lado.

Le observé de reojo durante unos segundos y noté aquel estado de excitación que parecía común a todos los tripulantes de la ARCADY-2500.

—Me gustaría saber qué está ocurriendo a bordo, Ed. Siempre ha habido confianza entre nosotros... ¿Por qué ahora calláis cuando yo paso a vuestro lado? —pregunté de improviso.

Se inmutó.

Parpadeó, carraspeó y finalmente se decidió a hablar.

—Bueno... Es lógico que todo el mundo esté excitado, después del hallazgo de Glosser. Todas esas pepitas deben valer mucho dinero —explicó, sin molestarse en mirarme.

—Tenemos otras muestras de metales raros, que posiblemente valgan tanto como las pepitas. Y sin embargo, jamás con anterioridad se produjo en la ARCADY-2500 una conmoción como ésta. ¿Por qué?

Ed Muller se volvió a mí y me miró.

—¿Es que eres de hielo, Jack? ¡Dios santo, todos comenzamos a creer que el espacio intersideral del sistema solar de Tellus está poblado de esas pepitas de platino! Y ello nos inquieta, nos excita y, naturalmente, sirve de acicate a nuestra fantasía —explicó—. Y tú, sin embargo, te muestras tan frío e indiferente como un témpano de hielo.

—Debo mantenerme frío, si queremos volver, un día, a la Tierra, Ed. Por otra parte... —me sentía muy confuso y me detuve.

—Por otra parte, ¿qué?

—Hemos abandonado esa nube de aerolitos y no creo que volvamos a capturar una sola pepita de platino.

Advertí que sus facciones se contraían.

—Es posible que tengas razón; es muy probable que no volvamos a recoger en el captador ninguna pepita, pero ignoras mi último descubrimiento —lo dijo como si acabase de arrojar su carta definitiva sobre el tapete de juego.

—¿Qué descubrimiento? —Muller había conseguido

interesarme.

—Esas pepitas provienen del planeta Silvershine.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Bien. ¿Qué te sugiere eso?

—Es fácil. Silvershine debe albergar en sus entrañas millones de toneladas de platino en estado purísimo. Probablemente, las pepitas que capturó Glosser fueron expulsadas de las profundidades del planeta por uno de sus volcanes. Como la gravedad de Silvershine es muy escasa, el volcán ha producido el efecto de un cañón atómico y las pepitas han sido situadas en el espacio —declaró.

Era la respuesta que yo me temía.

Y debo confesar que también yo comenzaba a sentirme deslumbrado por el relato de Muller.

¿Cabía algo más fascinante y asombroso para la mente de un humano?

¡ Un planeta que albergaba en su seno millones de toneladas de platino! En verdad, la idea era como para conmover al tipo más indiferente del mundo.

—Increíble —murmuré.

—Comprendo tu asombro, pero es la verdad. Creo que ello altera todos nuestros planes.

—¿Que ello altera nuestros planes, Ed? ¿A qué te refieres? —pregunté, agitado.

—Un descubrimiento de tal envergadura debe tener prioridad sobre el proyecto Agsmos.

Le miré, suspicaz.

—Supongo que, según tú, debemos abandonar el proyecto Agsmos y desviarnos para explorar Silvershine —dije.

—Es más importante lo que podemos encontrar en Silvershine, en efecto —asintió.

—Lo siento —puntualicé con frialdad—, pero no entra en mis

cálculos explorar Silvershine. Voy a seguir al pie de la letra los pasos del proyecto general. Es decir, iremos a Agsmos.

Muller se separó un paso.

—Mucho me temo que eso no pueda ser, Jack. Todos estamos de acuerdo en la importancia de descender sobre la superficie del planeta plateado —respondió, rígido y distante.

Me indigné.

—¿Olvidas que yo soy el jefe de esta astronave y el único facultado para tomar esa clase de resoluciones?

La verdad es que yo comenzaba ya a perder la paciencia.

Pero Muller no pareció impresionado por mis anteriores palabras.

—Serás el jefe mientras cuentes con la obediencia de todos. Pero si tu postura definitiva es seguir hacia Agsmos, me temo que no podrás seguir contando con nadie. O mejor, tal vez sigas teniendo un partidario: Mor ton Donsey, ese viejo chocho que sólo sirve para darse la gran vida a bordo de la ARCADY-2500.

—¡Muller! —grité—. Estás loco. Nadie te seguirá en tu ambicioso sueño. En cuanto a Donsey, es la única persona sensata a bordo de esta nave y cumple un papel en la expedición, como los demás.

Muller se echó a reír, con cinismo.

—Si opinas que los demás no me apoyarán, no tienes más que hacer la prueba. Consulta uno por uno y sabrás la verdad —me desafió.

Me puse en pie, encolerizado.

Sólo ejerciendo un absoluto dominio de mis sentimientos podría controlar la situación, sin embargo…

Y me dominé.

Fui hasta el puesto de Clarence White y puse una mano sobre su hombro.

—Díselo, Clarence. Dile a Muller que jamás secundarás sus planes. Dile que está loco si espera convencer a todos para provocar la rebelión y llevar adelante sus planes.

White me miró.

Estaba pálido y su frente exudaba copiosamente.

—Te equivocas —pronunció con cierta firmeza—. Estoy con Muller.

Fue entonces cuando comencé a comprender que Muller y todos los demás iban a realizar su loco empeño.

—Todos confabulados, según veo —dije, rabioso—. Pues no conseguiréis vuestros planes. Voy a comunicar con Tierra y a esperar el veredicto de nuestros jefes supremos.

CAPÍTULO IV

Tomé a White por .los hombros y lo aparté con brusquedad de su puesto de operador de telecomunicaciones.

—Déjame. Supongo que no puedo confiar ya en un traidor —exclamé.

White se alzó del suelo.

—Te equivocas, Jack. Mo soy un traidor, pero estoy ansioso por contemplar la superficie de ese fabuloso planeta —respondió, sin rencor.

—¿Simple curiosidad? —me burlé—. No se trata de eso, lo sé. Y no me vais a engañar. Lo que ocurre es que el demonio de la codicia se ha apoderado de vosotros. Habéis imaginado que en Silvershine podréis obtener fabulosas riquezas. ¡Confesadlo!

—¿Por qué no? —respondió Ed Muller, sin tratar de ocultar su verdadera intención—. En Silvershine tenemos riquezas inimaginables al alcance de nuestras manos. Es lícito que nos apoderemos de ellas, puesto que somos nosotros, los componentes de la expedición, los que nos hemos expuesto a la muerte mil veces durante nuestro dilatado viaje de dos años. Ahora tenemos la riqueza a nuestro alcance y no renunciaremos a ella.

White se acercó hacia mí y trató de convencerme.

—Ed tiene razón, Jack. En nuestro país hay personajes fabulosamente ricos y poderosos y también hombres como Ed, como tú y como yo, que vivimos de nuestro trabajo, sin permitirnos jamás

los lujos y placeres de los potentados. Ellos han conseguido sus fortunas a dentellada limpia, sin importarles quiénes quedaban atrás en la carrera hacia el dinero y la seguridad.

—No es sólo eso —intervino Muller—. ¿Hay algún millonario a bordo, de la ARCADY-2500? ¡No! Ellos prefieren seguir en la Tierra, gozando tranquilamente de cuantos placeres les permite su dinero. Somos nosotros, investigadores, ingenieros, médicos, empleados, los que hemos realizado portentosas investigaciones en el espacio. Somos tú y yo y todos los demás a bordo de esta nave, los que hemos conseguido descubrimientos portentosos, definitivos, que posiblemente revolucionarán la técnica, la industria, la medicina. Pero todo ello no nos convertirá en millonarios cuando volvamos a la Tierra.

—¡Sí! —apoyó White, muy animado—. Y probablemente, serán otros los que comercializarán el resultado de nuestras investigaciones, otros los que exprimirán el jugo, los que reciban los beneficios de nuestro esfuerzo y nuestro sacrificio. ¿Eres tú acaso, Jack McWitt, más rico que nosotros? ,

Debí haber reído, sarcástico.

La verdad era que me había costado tremendos sacrificios y muchos años de estudio y privaciones llegar a ser lo que era ahora: el coronel-director de una expedición espacial científica.

No tenía ganas de recordar mis años de miseria, de humillaciones, de denodada lucha para conseguir terminar mi carrera en competición desigual con otros hombres que poseían mayores recursos económicos que yo.

Alcé los ojos y miré a .Muller y a White, absorto.

—No estaría bien —pronuncié—. ¡No, no lo estaría! Aceptamos nuestra responsabilidad en esta misión. Comprendo, en parte, vuestras posturas, pero yo prefiero seguir siendo leal. Por otra parte, mi objetivo no ha sido la riqueza jamás, sino la investigación, la aventura del espacio, el riesgo constante. No puedo ponerme de vuestro lado.

Muller crispó sus facciones.

—¿Insistes en someter la decisión a la Tierra? —preguntó.

—En efecto —respondí.

Manipulé en los controles de telecomunicación, dispuesto a ponerme al habla con la central terrestre.

—¡No lo hagas! —bramó Muller, a mi espalda.

Me volví y advertí que tenía una pistola electrónica en la mano.

Yo sabía que aquel arma podía ser mortífera. La potencia de su descarga estaba graduada desde uno a diez. Una potencia tres bastaba para paralizar por varios minutos a cualquier persona, pero la potencia diez serviría para electrocutar a un elefante.

—¿Serías capaz de asesinarme? —pregunté, lívido.

Muller me miró con frialdad.

—No será necesario —respondió, despectivo—. Bastará con ponerte fuera de combate, por el momento.

Pero yo, desesperado, seguí adelante con mi intento de establecer comunicación.

Advertí, mirando de reojo, que Muller se disponía a disparar.

Y en aquel momento, alguien penetró en la cabina de navegación.

Era Morton Donsey.

Muller se volvió hacia él de un respingo.

—Ah, se trata del venerable anciano «metomentodo» —comentó cruelmente.

Pero Donsey no se inmutó.

—Calma, amigos míos. ¿Qué ocurre aquí? —exclamó.. Y se apresuró a añadir—: Bueno, creo que adivino la situación.

—Si ya lo adivinó, lárguese —gruñó Muller, colérico.

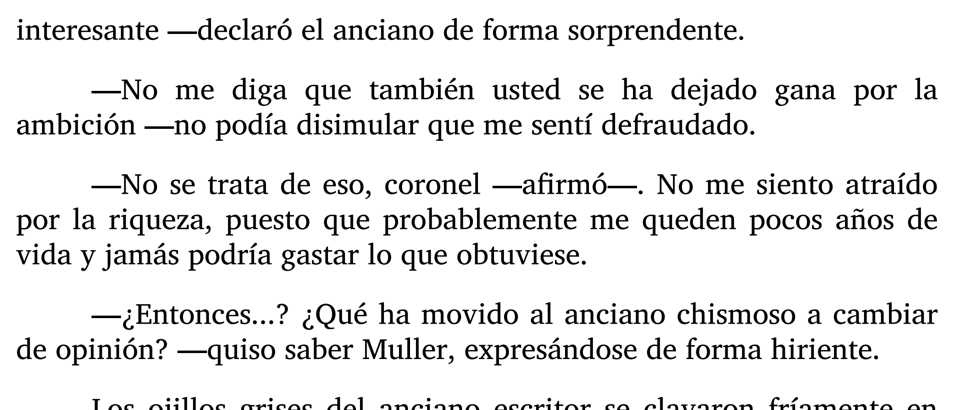
—Quieren alterar la ruta del ARCADY-2500 para descender sobre Silvershine. Pretenden cargar la astronave de pepitas de platino. La codicia anula la razón de todos —dije, mirando a Morton.

—Y usted se opone, supongo —dijo éste.

—Sí. Pero Muller se impondrá por la fuerza.

Donsey carraspeó.

—Pero, amigos míos, creo que todos debemos serenarnos. En el fondo, el proyecto de descender sobre Silvershine, me parece



interesante —declaró el anciano de forma sorprendente.

—No me diga que también usted se ha dejado gana por la ambición —no podía disimular que me sentí defraudado.

—No se trata de eso, coronel —afirmó—. No me siento atraído por la riqueza, puesto que probablemente me queden pocos años de vida y jamás podría gastar lo que obtuviese.

—¿Entonces...? ¿Qué ha movido al anciano chismoso a cambiar de opinión? —quiso saber Muller, expresándose de forma hiriente.

Los ojillos grises del anciano escritor se clavaron fríamente en los de Muller.

—No me hieren sus insultos, amigo mío. Por otra parte, cambiar de opinión es propio de personas sensatas. Vista la situación, que pudiera dividirnos y enfrentarnos unos a otros, prefiero que el coronel siga al frente de nuestra nave y que todos nos pongamos de acuerdo —declaró.

—No le creí capaz de tanta sensatez, Donsey —aprobó Muller—. ¿Qué decides, Jack?

Dudé.

Quería ser fiel a mí mismo y a mis convicciones, sin necesidad de provocar una situación límite a bordo..., lo cual resultaba de lo más escabroso y encontrado.

—Debierais comprender que mi deber es informar a nuestros jefes del descubrimiento que acabas de hacer, Ed —dije.

Muller apretó un poco más su pistola electrónica entre los dedos.

Fue Morton Donsey quien arregló las cosas con su experiencia.

—Jack, ¿por qué no posponer ese informe a la Tierra? —insinuó. Y añadió—: Por otra parte, si bien Muller espera encontrar toneladas de platino en Silvershine, todavía no estamos muy seguros de que eso sea cierto. Se trata de un simple cálculo, que podría resultar erróneo.

Era sensato y acepté.

—Dejaré la comunicación para más tarde —dije—. En cuanto a cambiar nuestra ruta, quiero saber si todos están de acuerdo. Convocaré una asamblea.

Muller guardó su pistola.

Sonreía triunfal: sabía que había ganado.

Y dijo:

—Puedes reunirlos a todos, si te apetece. Sin embargo, te anticipo que pierdes el tiempo. ¡Todos nosotros estamos de acuerdo en intentar hacernos ricos por el resto de nuestras vidas!

—De todas formas, me aseguraré de ello —insistí. Y ordené a White—: Vuelve a tu puesto, Clarence.

White obedeció inmediatamente.

Muller volvió a su observatorio astronómico y yo permanecí ensimismado durante muchas horas en el puesto de mando.

Cuando al fin, Bill Millan compareció en la cabina de navegación —evitaba mirarme, lo que significaba que estaba de acuerdo con Muller—, le entregué el puesto de piloto y convoqué la asamblea.

Veinte minutos después estábamos reunidos en el salón de sesiones. Estábamos todos, a excepción de Millan y White y yo ya sabía cómo pensaban ellos.

Advertí que Diana se había situado en el lugar más distante del salón, cuando ella siempre procuraba buscar mi proximidad cuando se producía alguna reunión en aquel compartimento.

Los miré a todos con expresión severa y comencé:

—Según tengo entendido, todos ustedes están de acuerdo en alterar la ruta de la ARCADY-2500 y descender sobre Silvershine, después de que Glosser recogiera más de un centenar de kilos de pepitas de platino en el captador de partículas.

Vi que Morton Donsey hacía un gesto e imaginé que quería intervenir, pero no se alzó de su asiento ni dijo nada.

—No voy a ocultarles que ello va en contra de mi voluntad. Opino que nuestro deber consiste en seguir las instrucciones que nos fueron dadas desde la Tierra.

Hubo un murmullo de mal contenido disgusto entre los asistentes, entre los que también se. encontraban Glosser, Jackson y Joanna Barris, pues —vistas las circunstancias—, yo había decidido interrumpir su aislamiento.

—Sin embargo, y para evitar males mayores, acataré la voluntad de la mayoría —proseguí—. Así pues si existe alguna persona que esté en desacuerdo con el descenso en Silvershine y esté de mi parte, que se levante de su asiento.

Nadie se movió.

Ni siquiera Diana.

Y sólo Dios sabe cuánto me dolió aquello, pues hasta el último momento yo había estado convencido de que ella sería la única persona que compartiría mi criterio.

—Bien. Comprobado que todos desean lo mismo, no voy a oponerme a que rectifiquemos la ruta y nos acerquemos a Silvershine —terminé—. Pueden volver a sus puestos.

Los rostros se relajaron y las respiraciones se intensificaron cuando acabé de hablar.

Cuando salíamos de la cámara de sesiones, Diana intentó escapárseme. Pero la alcancé en el pasillo.

—¡Diana! —grité, despechado.

Se volvió.

—¡Diana! —la tomé por un brazo y la empujé hacia el laboratorio bioquímico—. ¿Cómo es posible que tú también te hayas dejado arrebatar por la ambición? Siempre creí que tú serías distinta.

Me miró. Pero no había en sus ojos el brillo afectuoso de otras veces. Ni sus finos dedos correspondían siquiera a la tierna presión de los míos.

—Eso demuestra que me valoraste con exceso, Jack —respondió sin asomo de concesión en su tono—. Soy como todos, ni mejor ni peor. Siempre he sido pobre. Como tú mismo, conozco el sabor de la miseria. ¿Te sorprende que quiera palpar ahora el tacto del poder y de la riqueza? Si es así, significa que te has equivocado rotundamente conmigo.

Se apartó de mí y se puso a trabajar en la cámara de esterilización.

Ella, ya se veía, no parecía muy dispuesta a charlar conmigo abiertamente.

Por mi parte, me sentía triste y decepcionado.

Di media vuelta y abandoné el laboratorio.

CAPÍTULO V

Dos días después, a cinco días de distancia de Agsmos y a dieciocho del esplendente Silvershine, hube de afrontar un nuevo conflicto.

Acababa de terminar mi sesión de ejercicios físicos en el espacioso gimnasio de la ARCADY-2500 y volví a mi cabina, dispuesto a bañarme.

Me detuve ante la enorme arca fuerte y sentí un extraño impulso: contemplar la colección de pepitas de platino que yo mismo había hecho depositar allí.

Marqué la clave en mi intercomunicador y pulsé la tecla del control remoto, quizá ansioso por observar nuevamente aquellas piezas de metal precioso de incalculable valor.

La puerta del arca no se abrió.

—Debí equivocarme al marcar la combinación en el intercomunicador electrónico —me dije.

Y tomé a marcar la cifra que yo llevaba clavada en mi memoria. Realicé la función completa, pero la caja blindada siguió cerrada.

Y entonces comencé a intranquilizarme.

Utilicé el intercomunicador y llamé a Peter Mansfield, mi ingeniero mecánico.

En realidad, aquel trabajo competía a Joanna Barris, pero yo no me sentía demasiado inclinado a confiar en la mulata, teniendo en

cuenta su conducta anterior.

Mansfield estuvo en mi cabina a los pocos minutos.

Le dije que mi arca de caudales estaba estropeada y se apresuró a desbloquear la puerta mediante impulsos electrónicos muy fuertes del aparato que llevaba en las manos, pero todos sus intentos fracasaron y se vio obligado a emplear su herramienta de oxi-corte super rápido.

Pocos minutos después, la caja estaba abierta. Y como en una burla mecánica, nos mostraba su interior vacío.

Es decir: alguien había robado del arca ciento setenta y un kilos de pepitas de platino, exactamente.

Mansfield era un hombre muy discreto, en el que SÍ podía confiar, siquiera a nivel disciplinario.

— No diga nada, por favor, Peter —le pedí.

—Se lo prometo —aseguró. Y le sugerí que arregla se de nuevo el cofre.

El sistema electrónico de seguridad permitía que solamente yo cifrase la nueva combinación, a la que nadie tendría acceso, puesto que la cifra estaba en mi memoria y el intercomunicador sólo servía para transmitir al cerebro electrónico de la caja el impulso suficiente para accionar su sistema y abrir la puerta.

Cuando Mansfield abandonó mi cabina, la preocupación más intensa se apoderó de mí.

Porque sólo yo conocía la combinación que permitía abrir la caja fuerte.

No se había llevado a cabo ningún tipo de violencia! sobre el arca. Ni había huellas de haber sido forzada por métodos violentos, ni, en caso de haberse abierto por la fuerza, hubiera podido cerrarse posteriormente,

Durante más de una hora me debatí en una tremenda lucha mental, tratando de encontrar una explicación lógica a la desaparición de más de ciento setenta kilos de platino.

¿Había soñado en voz alta y revelado la cifra de la combinación a alguien que pudiera encontrarse en mi cabina de forma clandestina?

No me parecía muy factible. No soy de los que sueñan en voz alta. Por otra parte, mi subconsciente estaba educada para guardar celosamente cualquiera de los datos secretos que yo reservaba en mi memoria.

En tal caso, sólo cabía admitir una posibilidad: que me hubieran inyectado alguna droga de las que inhiben la voluntad.

Pero ¿cuándo? ¿Dónde?

Yo había permanecido consciente y vigilante desde que Diana me informase del primer hallazgo de Dan Glosser.

Bueno, no exactamente. El cabezazo de George Jackson me había mantenido inconsciente durante algo más fe una hora.

El doctor Kalavan se había ocupado de mí entonces. Se había aprovechado Kalavan para conseguir de mí —inconsciente— la cifra de la combinación de mi arca blindada?

Me pareció absurdo, puesto que Kalavan era un hombre irreprochable. Cierto que —como todos los demás— estaba a favor de la idea de aterrizar en Silvershine, pero ello no importaba para que el jefe del equipo médico de a bordo siguiese siendo, en mi concepto, un hombre honorable.

No sé por qué pensé en aquellos momentos en Diana Davis.

Lo cierto es que poco después, yo estaba en el laboratorio bioquímico y me entrevistaba con Diana.

Había algo indefinible entre los dos que nos impedía mostrarnos tan afectuosos y confiados como siempre.

Pero ¿qué era lo que nos separaba?

Por mi parte, me negaba a creer que la barrera fuera simplemente el hecho de que estuviéramos disconformes respecto al proyecto que había encabezado Ed Muller.

Me parecía algo más profundo y trascendente.

Fui directamente al grano.

—Diana, me encuentro ante un grave problema —dije.

Ella se volvió y me miró. Había una cierta ansiedad en el fruncimiento de sus labios, pero pronto su expresión volvió al hermetismo más extremo.

—¿Qué es ello? —preguntó, sin ningún trémolo de emoción en la voz.

Me sentí desgraciado. ¿Por qué aquella mujer había cambiado tanto en el plazo de poco más de cuarenta y ocho horas?

¿O era yo quien había cambiado?

—Alguien ha robado todas las muestras de platino del interior de mi arca blindada —dije, pronunciando cada palabra con sumo cuidado.

La estaba observando con suma atención y no advertí en sus facciones la menor alteración.

—Sinceramente, no comprendo por qué vienes a decirme eso a mí —respondió, luego.

—Antes no te hubiera asombrado que yo viniera consultar contigo algo que me perturbara —dije, con reproche—. Pero dejemos eso. Si lo prefieres, me comportaré simplemente como el coronel Jack McWitt.

—¡Tradúcemelo!.—gritó Diana, tremante de rabia. ¿Quieres decir que de alguna forma, me consideras responsable de ese robo? ¡Habla con claridad!

Por una vez parecía humana, sensible a la ofensa.

Sin saber por qué, sentí la necesidad de herirla.

—Seré muy claro. Tú eres... Eras la única persona bordo de la ARCADY-2500 que gozaba de mi entera confianza. Ahora recuerdo que únicamente tú y yo estábamos presentes cuando guardamos la última remesa de platino en pepitas en mi arca blindada —dije, con estudiada lentitud.

Diana, que estaba examinando algo a través de un microscopio electrónico, se giró hacia mí con tremenda violencia.

—No hace falta que me lo traduzcas: sospechas que yo he robado las muestras —pronunció cuidadosamente, forzándose para mantener un tono de voz impersonal.

Pero de repente, su entereza se rompió y su furor brotó en palabras apasionadas, preñadas de cólera:

—Pues, bien: si eso es lo que sospechas, llama a Dipson y

encárgale que busque pruebas contra mí. Porque, te lo juro, no pienso confesar, ni hacer fácil tu labor de ninguna otra forma —gritó, descompuesta.

Se refería a Abraham Dipson, nuestro investigador policial de a bordo, a quien todos llamábamos familiarmente Ham.

—Supongo que eso quiere decir que no tienes ninguna confesión que hacer —dije, irónico, consciente de que estaba ofendiéndola intensamente,

—Nada que decir, coronel McWitt —respondió, con los labios tan apretados que su línea de unión apenas tenía el grosor de una hoja de afeitar.

Abandoné el laboratorio.

Me sentía tan confuso que tan pronto volvía a sospechar de Diana, como me apostrofaba crudamente *in mente* por haber llegado a dudar de ella.

—¡Locos! Todos han perdido la razón hasta el extremo de olvidar que, si son ciertos los cálculos del astrónomo Ed Muller, tendrán en Silvershine tanto platino que esos ciento setenta kilos robados sólo serán una gota de agua en el océano —murmuré, al tiempo que me situaba sobre la cinta autodeslizante.

Volví a mi cabina en el estado de ánimo que puede imaginarse. Alguien me había robado y yo me sentía impotente para luchar contra las sesenta y una personas restantes que, conmigo, completaban la expedición ARCADY-2500.

Por un momento estuve a punto de utilizar el canal Uno de mi intercomunicador —reservado al jefe— para ! hacer venir a Morton Donsey a mi cabina.

Finalmente deseché aquella idea. También Donsey tenía sus problemas y yo no era quien para perturbar j su descanso, pues eran las dos de la madrugada.

Ya se sabe que en el inmenso espacio estelar no hay día ni noche, o, mejor dicho, todo es noche eterna, pero a bordo la vida se rige por un horario similar al de la Tierra.

Y mi cronómetro decía que eran ya las dos y veinte de la madrugada.

Cerré la escotilla de mi cabina mediante impulsos de mi *kit*

electrónico y me dispuse a descansar.

Descansar era sólo una palabra sin sentido, puesto que yo tenía la convicción de que las horas dedicadas a mi descanso iban a transcurrir en blanco, mientras mi cerebro trabajaría incansable, tratando de encontrar una respuesta a miles de incógnitas.

No había hecho más que dejarme caer sobre el lecho cuando el destello fosforescente en verde de mi intercomunicador me avisó que alguien trataba de establecer comunicación conmigo a través del canal Uno.

Oprimí el botón y escuché una voz femenina que m recordaba algo familiar.

—¿Coronel? Soy Joanna Barris.

—¿Qué desea? —pronuncié con tono impersonal.

—Me encuentro en «Ra»[3] en compañía de alguno amigos. Me gustaría hablar con usted. ¿Por qué m viene? Sospecho que se encuentra muy aburrido.

¡Joanna!

¿Qué se proponía ahora?

Yo estaba seguro de que ella me odiaba. ¿Seguro absolutamente seguro?

—Estoy cansado —contesté—. ¿Se trata de algo importante?

—Sólo podrá saberlo si se molesta en venir hasta aquí —dijo enigmáticamente.

—¡Oiga! —grité—. ¡No espere que yo...!

Dejé de hablar cuando comprendí que ella había interrumpido la comunicación.

«¡Al diablo!», pensé. Y volví a recostarme sobre mi lecho.

Pero aquella frase de Joanna había conseguido intrigarme: *«Sólo podrá saberlo si se molesta en venir hasta aquí.»*

Finalmente me alcé de la cama de un salto porque si, en verdad, no iba a poder dormir, ¿qué más me daba acudir a «Ra»?

Abandoné mi cabina como un ladrón. Es decir, antes de

colocarme sobre la banda autodeslizante, miré a izquierda y derecha, temeroso de que alguien pudiera espiar mis movimientos.

Llegué ante las puertas correderas del club de a bordo y las impulsé con las ondas de mi *kit*.

En el bar estaban reunidas varias personas. Exactamente, Ed Muller, Joanna Barris, .George Jackson, Joe Hackman, el doctor Kalavan, Lorena Goldman su ayudante, y Ham Dipson, nuestro policía.

Ed Muller parecía un poco borracho. Gesticulaba excesivamente y su rostro parecía un tanto congestionado, lo que me indujo a sospechar que alguno de sus compañeros le había cedido algunas «raciones» extra de alcohol.

Lo explicaré.

En Id ARCADY-2500 todo estaba meticulosamente organizado y planeado. Y así, para evitar que alguien pudiera abusar de los licores, cada uno de los componentes de la expedición tenía en el bar un aparato llamado «measurcol», excepto los que habían declarado no consumir bebidas alcohólicas cuando se inició el viaje espacial.

El *measurcol*[4] expendía una ración de alcohol diaria que no podía rebasar ciertos límites. Con ello se trataba de evitar el consumo abusivo de alcohol, con el fin de conseguir que todos estuviéramos en cualquier momento lo suficientemente sobrios como para hacerse cargo de su misión.

Pero siempre había alguna trampa, como es de suponer. Cualquiera de los «Arc-One» —como entre nosotros llamábamos a los individuos a bordo de la ARCADY-2500— podía ceder clandestinamente su ración de licores a otra persona.

Y yo me temía mucho que esto era lo que había ocurrido en relación con nuestro experto de astronomía.

—Ah, coronel —farfulló torpemente Muller, cuando logró situarme en sus retinas—, celebro verle por aquí. ¡Venga, venga, tomemos un trago!

No le presté la menor atención y me dirigí directamente hacia el lugar que Joanna ocupaba en la sinuosa mesa-bar del «Ra». (Por el rabillo del ojo, pude advertir que el doctor Kalavan y Lorena Goldman se apresuraban a distraer a Muller, con el fin —indudable— de que éste no prorrumpiera en improperios contra mí).

George Jackson me dejó su lugar vacante y se alejó hacia otro

extremo con Joe Hackman, mi ingeniero de telecomunicaciones. Aparentemente, discutían sobre la expansión terrestre de la raza negra. ,

Joanna Barris me recibió con una sonrisa.

Estaba muy guapa, felinamente guapa, si es correcta la expresión.

Estaba apoyada lánguidamente sobre la mesa-bar Vestía una especie de túnica de fibra transparente, cuyo escote dejaba escapar prácticamente sus morenos e hinchados senos.

—Al fin se decidió, coronel —dijo con voz pastosa sugerente—. Lo celebro.

No dije nada.

Tomé una copa de finísimo vidrio del estante y fu hasta el *measurcol* marcado con las palabras «corone McWitt» y dejé que un buen chorro de whisky cayese en mi vaso.

Volví junto a Joanna.

Bebimos un trago en silencio. Muller seguía hablando y hablando sin cesar, teniendo por oyentes al doctor Kalavan y a su ayudante, mientras desgranaba con voz gangosa teorías y teorías, siempre relacionadas con la astronomía y con... la mineralogía.

El brazo desnudo de Joanna rozó el mío —también desnudo— y sentí una vaga sensación de placer recorriendo todo mi ser.

—Quisiera pedirte perdón, Jack —dijo en un susurro de forma que sólo yo pudiera escuchar sus palabras,

La miré, desconcertado.

—Empujé a Jackson contra ti, le pedí que te matara —añadió con un trémolo emocionado en la voz—. No; sé qué pudo ocurrirme, Jack, pero supongo que todo lo hice por despecho.

Había, apoyado una de sus manos en mi antebrazo, A través de su piel se transmitía una leve vibración que; hacía hervir mi sangre.

—Creo que perdí la razón. ¿Cómo podía impulsar a Jackson contra ti, si... no he dejado de amarte? —murmuró.

Tenía los ojos brillantes y sus opulentos senos se¡ estremecían al compás de su agitada respiración.

Deliberada o involuntariamente, su cuerpo rozaba el río y mi sangre y mis sentidos experimentaban ya vivamente el deseo.

Ella debió adivinarlo. Y se apartó un tanto, con lo que únicamente consiguió encalabrinarme más.

Comprendiendo que estaba a punto de claudicar, aparté la mirada de ella y dije:

—¿Era eso todo lo que tenías que decirme?

Era una frase suficientemente fría como para haber decepcionado a otra mujer que no fuera Joanna Barris.

—Sentía la necesidad de estar cerca de ti, Jack, de aplicarte mis sentimientos, y de compensarte de alguna forma por el daño que te hice —respondió. Y no se mostraba ofendida por mi exabrupto.

Bebí un trago y la miré, desconcertado.

—No sospechaba que pudieras llegar a ser tan humilde —exclamé.

Clavó sus ojos en los míos y volvió a acariciar suavemente mi brazo.

—La verdad es que no me conoces bien, Jack. ¿Por qué no lo intentas, al menos?

Había ansiedad en su acento. Sus labios, gruesos y sensuales, estaban entreabiertos y brillaban, húmedos.

Me besó de improviso e inconscientemente la. tomé por la cintura y correspondí apasionadamente a su caricia.

—Ven conmigo —susurró fogosamente—. Necesito que los dos estemos a solas.

La seguí a su cabina.

Era consciente de que estaba emprendiendo la cuesta abajo, moralmente. Pero aquella noche me sentía tan desgraciado, que sucumbí entre los brazos de Joanna Barris.

CAPÍTULO VI

Advertí el cambio psicológico que se estaba produciendo entre cada uno de los «Arc-One» a bordo de la ARCADY-2500.

A medida que la astronave cubría la distancia hacia Silvershine, los componentes de la expedición iban agrupándose por afinidades morales, de raza o profesional

Así, por ejemplo, pude comprobar que se habían formado tres grupos fundamentales. El primero estaba formado por los técnicos: Muller, Glosser, Hackman Millan. White y Diana Davis.

El segundo estaba compuesto por el doctor Kalavan, Lorena Goldman y otras dos enfermeras, el reverendo Thomas Jones y John Beltrán, el psicólogo.

El tercer grupo —y más numeroso— estaba constituido por Joanna Barris, George Jackson, Peter Mansfield y los restantes subalternos y ayudantes de laboratorio y otros servicios, la mayoría de raza negra.

Existía aún otro grupo, aunque tan reducido que ni siquiera podía llamársele tal: era el que formábamos Morton Donsey y yo mismo.

Yo sabía que todo aquello suponía un peligro. No debían existir grupos o camarillas a bordo de la ARCADY-2500, puesto que la nuestra era una misión a realizar en equipo.

Por otra parte, advertí también que Diana hacía todo lo posible por esquivarme y cuando se veía obligada a presentarse ante mí por

cuestiones profesionales, adoptaba siempre una expresión fría y distante.

También yo fingía una sequedad que no sentía en modo alguno. Cada noche, mi cuerpo se plegaba sumiso al placer que Joanna Barris me ofrecía en la intimidad de la cabina, pero mis sentimientos seguían estando con Diana.

Era horrible.

Pero no podía engañarme a mí mismo: tras el descubrimiento de Dan Glosser —aquellos centenares de enormes pepitas de platino—, un trascendental cambio se había operado en todos nosotros.

Habíamos pasado de componer un equipo compacto y unido a dividirnos en pequeños grupos. Siempre habíamos realizado nuestro trabajo con entusiasmo y alegría, por encima de preocupaciones y riesgos, pero ahora apenas nos saludábamos y en nuestros rostros había expresiones recelosas y solapadas.

Yo permanecía casi todo el día en la cabina de navegación. Y sólo al anochecer me deslizaba furtivamente por los pasillos y alcanzaba la cabina de Joanna.

Al fin, el brillante Silvershine apareció enorme y deslumbrante ante nosotros. Su superficie reflejaba la luz del astro Tellus tan potentemente que apenas podíamos soportar su fulgor, incluso a través de las cámaras de televisión de la ARCADY-2500.

La astronave penetró en su área gravitatoria y describió varias órbitas antes de disponerse al descenso.

—¿Por qué ese brillo desconocido? —había preguntado yo a Ed Muller.

—Parece que la superficie de Silvershine está cubierta por láminas de cuarzo —respondió—. El cuarzo refleja la luz de Tellus fantásticamente.

A las cinco de la tarde, me dirigí por medio de mi intercomunicador a todos los tripulantes e impartí mis instrucciones.

—La atmósfera de Silvershine parece lo suficientemente rica en oxígeno como para prescindir de los equipos autónomos de respiración. No obstante, todos los componentes de la patrulla irán provistos, en esta primera incursión, de sus correspondientes equipos, dotados con visores especiales que protegerán sus ojos —expliqué.

Nadie solicitó explicaciones o aclaraciones complementarías. Y así, a las seis de la tarde, cuando anochecía ya en Silvershine, la ARCADY-2500 comenzó a descender.

Habíamos decidido tomar contacto con Silvershine en una zona próxima a su principal volcán, al que nosotros habíamos bautizado con el nombre de Demonmouth[5].

Nuestra gran nave vibró levemente a medida que descendía y los acondicionadores de aire de a bordo se pusieron en marcha automáticamente con el fin de anular el exceso de temperatura provocado al roce con la atmósfera del planeta.

En la gran pantalla de televisión de la cabina de navegación apareció majestuoso, el cráter del volcán Demonmouth.

Me estremecí al contemplar de cerca, por vez primera, la extraña orografía de Silvershine, formada por altísimas montañas coronadas por picachos plateados de más de… ¡doce mil metros!

La ARCADY-2500 tomó tierra suavemente y se balanceó sobre sus soportes-amortiguadores.

Durante unos minutos, todos permanecimos en silencio, contemplando, absortos y maravillados, aquel paisaje espectral.

Los rayos mortecinos de Tellus se alejaban ya, pero en el aire flotaba algo semejante a un polvillo luminoso que permitía una visión completa, aunque todo parecía envuelto en un ambiente fantasmal, irreal.

Ordené realizar un nuevo análisis de la atmósfera exterior y tuve el resultado poco después.

—Veintitrés por ciento de oxígeno, setenta y cuatro por ciento de nitrógeno; tres por ciento de otros gases desconocidos. Gravedad: igual al cincuenta por ciento de la terrestre. Indicios de humedad en el aire.

Yo ya había elegido a los hombres que, conmigo, formarían la patrulla: Muller, Hackman, el doctor Kalavan, el ingeniero Mansfield y Diana Davis.

Es decir, seis personas en total.

Eran las seis treinta en nuestros cronómetros terrestres. Vestidos ya nuestros equipos espaciales, los componentes de la patrulla penetramos en la cámara de descompresión y bajamos hacia

Silvershine por la rampa de descenso.

A través de mi intercomunicador ordené a Bill Midan que abriese la compuerta inferior e hiciese descender uno de nuestros «Carlectrics» o vehículos eléctricos, de los cuales poseíamos tres a bordo de la ARCADY-2500.

El «Carlectric» se desplazaba sobre orugas y era un vehículo muy práctico y ligero, capaz de remontar pendientes de más de diez grados, aunque sólo avanzaba a treinta kilómetros por hora y su autonomía no rebasaba los cien kilómetros.

A treinta kilómetros de distancia, el volcán Demonmouth lanzaba intermitentes sus bocanadas de metales y minerales fundidos.

Uno por uno, fuimos ascendiendo al «Carlectric». Subí el último y di a Peter Mansfield la orden de partir.

Cuando el vehículo estuvo a cierta distancia, miré hacia atrás y contemplé la majestuosa silueta de la ARCADY-2500.

Me sentía embargado de desconfianza en aquel ambiente extraño y misterioso, pero la contemplación del enorme fuselaje de nuestra potente astronave me devolvió parte de mi confianza.

Durante cuarenta y cinco minutos, el «Carlectric» avanzó a través de un impresionante desfiladero.

A izquierda y derecha se alzaban altísimos taludes rocosos cuyas elevadas cimas se perdían en aquella niebla fosforescente que invadía las alturas.

Nadie hablaba a bordo del vehículo, nadie utilizaba los intercomunicadores para cambiar el menor comentario.

Muller, Hackman, Kalavan, Mansfield, Diana y yo permanecíamos mudos de asombro, mientras nuestros ojos recorrían, asombrados, el apasionante paisaje que se ofrecía ante nosotros.

Súbitamente, terminó el desfiladero.

En mitad de un fabuloso anfiteatro de unos veinte kilómetros de diámetro, rodeado de alturas entre diez y quince mil metros, se alzaba desafiante la monstruosa silueta cónica del volcán.

Sus laderas estaban cubiertas de fumarolas y chimeneas que despedían una densa humareda.

Allá arriba se perdía entre los gases el cráter de Demonmouth, que de cuando en cuando dejaba oír su ronco estrépito de cañón ciclópeo.

Luego oí el angustiado alarido de Diana, que señalaba, demudada de pánico, un gran farallón liso y elevado, situado a nuestra derecha.

—¡Allí, allí! —chilló, espantada. Y sus chillidos se estrangularon en su garganta.

Miré hacia allá esforzando mi vista. Pero nada pude percibir.

Entonces me volví, tomé a Diana por un hombro y la zarandeé con rudeza.

— ¡Vamos, Diana, deja de comportarte histéricamente! ¡No hay nada! ¡Convéncete tú misma!

Fue entonces cuando advertí que ella había elevado su visor.

Muller acababa de hacer otro tanto. Y el espanto más intenso se reflejó en sus ojos desorbitados.

—¡Colocaos vuestros visores! ¿O es que estáis locos? ¿No comprendéis que podéis quedar ciegos? —grité, iracundo.

Ni Diana ni Muller me obedecieron.

Por el contrario, Hackman, Kalavan e incluso el ingeniero Mansfield, obsesionados y dominados por la curiosidad, alzaron sus visores, dejando su ojos expuestos a los peligrosos destellos de Silvershine.

Los observé.

Sus facciones se tensaron inmediatamente y sus ojos destellaron de pavor.

Pero ¿qué era lo que estaban viendo que yo mismo no lograba vislumbrar?

Finalmente, la curiosidad pudo más que mi sensatez y también yo alcé mi visor protector.

Lo que vi me obligó a gritar un alarido estridente.

Ahora lo veía claramente: sobre el farallón se dibujaban las siluetas de centenares de seres extraños, horripilantes, que se

inclinaban sobre la tierra, afanados en recoger algo del suelo.

Eran criaturas de figura humanoide, altos y musculosos, de rostro animalesco, narices achatadas de gorila y largos cabellos rojos e hirsutos que resplandecían como un halo escarlata enmarcando las horribles facciones.

Fui a hablar, quise decir algo, pero mis labios permanecieron inmóviles y mis cuerdas vocales mudas.

¡Eran más de quinientos seres que hormigueaban sobre la pendiente, llenando de brillantes pedruscos unas vasijas cilíndricas que transportaban luego a unos gigantescos vehículos semejantes a monstruos voladores prehistóricos!

Ignoro cuánto tiempo permanecimos allí contemplando la insólita escena.

Luego, súbitamente, y aunque a mis oídos no llegó el menor rumor, un destello potentísimo me obligó a cerrar los ojos.

Torné a abrirlos y presencié aquella dantesca escena: una colosal masa ígnea descendía por la pendiente y prendía en su masa candente a los raros seres peludos.

¡Podía verlos perfectamente, podía asistir, helado de espanto a su horrible agonía! Veía sus cuerpos retorciéndose entre la lava roja, contemplaba sus fauces abiertas, como si gritaran enloquecidos de dolor.

Y al fin, el brillante magma cubrió toda la ladera y sólo una humareda dorada flotó sobre la corriente de lava.

Di un grito y conseguí bajar el visor de mi casco.

¡Todo había desaparecido! Mis ojos sólo podían ver ya el farallón liso y oscuro, como una enorme pantalla de cine donde acabara de proyectarse el más espantoso filme catastrófico.

Miré a mis compañeros. Todos seguían mirando, como hipnotizados, el farallón.

—Bajad vuestros visores —ordené—. ¡Bajadlos!

Me obedecieron como niños, como autómatas sin voluntad.

Pasaron algunos minutos. Luego Diana me miró y rompió a llorar.

—¡Dios mío! ¡Esa horrible visión...! ¿Qué... qué significa? —gimió, temblorosa.

—No lo sé —respondí, inseguro. Y noté que mi garganta estaba seca—. Tal vez se trate de un aviso. Creo que... debiéramos volver.

Pero Muller, que parecía recuperarse rápidamente de la impresión, me atenazó por un brazo.

—¿Por qué habíamos de volver? —gritó—. Creo que... sólo ha sido una especie de espejismo.

CAPÍTULO VII

—Es increíble —murmuró el doctor Kalavan, cuyas facciones brillaban de sudor.

—Fantástico, diría yo —comentó Hackman, nervioso—. Parece una premonición de lo que podría ocurrirnos a nosotros si tratamos de arrancar ese metal precioso de la superficie de Silvershine.

—¡Dios mío, ha sido... espantoso! —murmuró Diana, tomando una de mis manos, ansiosa de protección y consuelo.

Le prodigué unas palabras de ánimo. Pero la verdad es que yo mismo me sentía espantado.

Porque no acertaba explicarme razonablemente el significado de la horrenda escena que habíamos tenido oportunidad de presenciar momentos antes. .

—Todo debe tener una explicación sensata —dijo Muller, que había recobrado el ánimo rápidamente.

—¿Explicación sensata? —gritó Kalavan, descompuesto—. La única explicación sensata consistiría en creer que hemos sido víctimas de una alucinación colectiva.

Quedamos en silencio.

Todos estrujábamos nuestro cerebro en busca de una solución coherente.

Volví a rememorar las terribles escenas. Yo juraría, desde luego, que todo había sido una ilusión óptica, propiciada quizá por nuestro

estado de ánimo tenso y dispuesto a recibir cualquier maravilla, por insólita que pudiera ser.

—Razonemos fríamente —propuso Muller—. Tenemos un hecho incuestionable: ninguno de nosotros pudo ver «eso» hasta que nos libramos de nuestros visores protectores.

—¡Es cierto! —exclamó Diana, todavía temblorosa

—Tal vez ese farallón hizo el papel de una película impresionable —dije, sorprendido de mis propias palabras—. En determinadas circunstancias ópticas, el farallón podría hacer visibles las escenas impresionadas sabe Dios cuándo.

Muller saltó sobre su asiento.

—¡Esa sería una explicación razonable! —exclamó, muy agitado—. ¡ Sí! Ahora lo comprendo. Debió producirse un fenómeno semejante al que tú acabas de explicar, Jack.

Hackman asintió.

—Nada de alucinaciones colectivas. Me inclino más a creer en algún raro fenómeno óptico.

—Pero esos horribles seres de los cabellos rojizos… —murmuré, sin poder evitar un escalofrío.

—Quizá existieron, en realidad. Y perecieron, víctimas del volcán, cuando…

—Cuando recogían platino en pepitas y láminas enormes de la base del volcán —completé.

Muller no se atrevió a rebatir mis palabras. Por la sencilla razón de que él estaba pensando algo muy parecido.

—¿Qué vamos a hacer, coronel? —preguntó Mansfield, que miraba con expresión supersticiosa hacia el amplio y oscuro farallón.

Dejé pasar unos segundos antes de responder, consciente de la responsabilidad que entrañaría cualquier decisión mía.

—Lo sensato sería volver a la ARCADY-2500 y abandonar Silvershine —dije, finalmente—. Pero no creo que la mayoría estuviera de acuerdo conmigo. Ya que estamos aquí, sigamos adelante, tomemos algunas muestras y realicemos pruebas sobre el grado de actividad de ese temible Demonmouth.

—¡Sigue adelante, Peter! —exclamó Muller, obsesionado—. Escalemos esa ladera.

El «Carlectric» reemprendió la marcha, despacio.

Ascendíamos ahora sobre una pendiente de más de acho grados de inclinación.

Allá, en las alturas, una esplendente hoja de cuarzo de colosales dimensiones reflejaba como un espejo la lumbre del volcán. Su luz, vivísima, inundaba la ladera, convirtiendo en día luminoso lo que ya era noche sobre el planeta Silvershine.

Ordené a Mansfield que detuviera el vehículo y descendimos Muller, Hackman y yo. Diana Davis permanecía inmóvil en su asiento: aún no había conseguido imponerse a la impresión sufrida abajo.

Muller hurgó en la ladera con unas herramientas y arrancó una espesa lámina metálica con incrustaciones de materia mineral oscura.

Observé la lámina. Era platino, mezclado con pequeñas impurezas. Semejaba una gota de estaño dejada caer al suelo en estado líquido y enfriada bruscamente.

—La ladera está materialmente pavimentada en platino —dijo Muller a través de su intercomunicador.

Peter Mansfield nos llamó a grandes voces en aquel momento.

Nos volvimos y le vimos, a pocos metros del «Carlectric».

Se encontraba apoyado sobre una enorme roca en forma de talud, en cuya base existía una especie de hondonada o refugio natural.

Fuimos hacia allá caminando despacio, con mil precauciones, puesto que, incluso con nuestro pesado equipo a cuestas, la gravedad de Silvershine era la mitad de la Tierra y resultaba fácil perder el equilibrio y rodar por la empinada pendiente.

La temperatura había subido mucho y mi termómetro marcaba cuarenta y seis grados. El resultado era que mi epidermis exudaba copiosamente y yo, dentro de mi traje espacial, me sentía como en un baño turco.

Llegamos junto a Peter y le vimos señalar insistentemente hacia el borde del tajo.

Aquel lugar, al borde del talud, quedaba en penumbras y al principio, deslumbrado por la vivísima luz que despedía el farallón de cuarzo de las alturas, apenas pude vislumbrar otra cosa que unas siluetas que recordaban formas humanas bajo una leve capa de lava solidificada.

Luego Hackman trajo una poderosa lámpara eléctrica y pudimos contemplar con claridad la insólita escultura de cuatro figuras humanas bajo el magma frio.

—Yo diría… —murmuró Ed Muller— que se parecen a «*aquellos*» *que vimos morir en el farallón.*

Las figuras presas de la lava sólida tenían unas dimensiones espectaculares: algo más de tres metros medio.

Las observé con suma atención: la capa de lava que los envolvía debía ser muy tenue —probablemente había caído sobre *ellos* en chorro desde el talud—, porque eran claramente visibles los relieves de sus cuerpos. Incluso podían advertirse los largos cabellos rojos chamuscados.

Quedamos tan impresionados que en los primero momentos nos sentimos incapaces de reaccionar.

Luego Peter Mansfield volvió al «Carlectric» y vino cargado con un taladro eléctrico capaz de operar mediante la fuerza de los acumuladores eléctricos de nuestro vehículo.

El doctor Kalavan y Diana Davis abandonaron el «Carlectric» y llegaron junto a nosotros, visiblemente excitados.

—¿Qué sucede? —preguntó Kalavan, asomándose.

Ninguno de nosotros le respondió. Pero el médico debió ver suficientemente, porque un apagado murmullo brotó de sus labios.

—¡Dios santo! ¿Es posible?

Diana temblaba tanto que tuvo que apoyarse en mi brazo para no caer. Notando su angustia, me sentía compadecido de ella y me arrepentí de haber elegido a una mujer para formar parte de la patrulla.

—¿Cuál es tu opinión, Jack? —preguntó Muller, a mi lado.

—Parece claro, ¿no? Estas cuatro criaturas buscaron refugio bajo el talud cuando les sorprendió la corriente de lava ardiente. No

tuvieron mejor suerte que los otros, según podemos comprobar, aunque sus cuerpos apenas recibieron sobre sí una leve capa de minerales y metales fundidos.

Mansfield me tocó en el hombro.

—¿Quiere que descubramos uno de esos cuerpos, coronel? —preguntó.

—Hágalo —respondí.

Peter puso en marcha su taladro electrónico y acercó la lanza de acero a aquellas figuras fundidas en lava.

Brotaron algunas chispas y el metal mordió la roca solidificada, que comenzó a saltar en finas esquirlas a nuestro alrededor.

Bajo el chorro de luz de la lámpara que sostenía Muller, fueron apareciendo poco a poco los contornos reales de aquel ser.

El vello, fuerte y parcialmente chamuscado, brotaba de su pecho a través del chaquetón de cuero que vestía.

Luego vimos unos brazos larguísimos y musculosos, un tronco ancho y poderoso y una masa de cabellos rojo vivo, que se rompió en mechones bajo la acción del taladro eléctrico.

Unas facciones antropoides, simiescas, fueron desvelándose a nuestros ojos.

Los músculos faciales, momificados, se veían pegados al cráneo, resecos y quebradizos.

Detrás de mí, Diana —que observaba la escena por encima de mi hombro— temblaba de pies a cabeza.

Todos estábamos absortos en la contemplación de aquel cuerpo monstruoso. Por unos instantes, cada uno había olvidado su objetivo principal: el metal precioso y abundante de Silvershine.

La curiosidad más intensa, casi morbosa, nos mantenía inmóviles y expectantes al pie del talud.

Al fin, el taladro que manejaba Mansfield dejó totalmente al descubierto el cuerpo momificado..

No me había equivocado: aquella criatura, hombre o animal, medía tres metros y sesenta centímetros.

Una estatura de gigante, una raza absolutamente desconocida para nosotros.

Hackman, más práctico, fue al vehículo y volvió con un recipiente metálico para tomar unas muestras de la momia y sus vestidos.

—No hay duda —dijo Muller, estupefacto—. Este era uno de ellos.

Diana se agitó, nerviosa, a mi espalda.

—Pero... ¿cuándo? Quiero decir: ¿cuándo murió, cuándo sucedió aquella catástrofe? —preguntó trémula.

Kalavan se irguió al borde del impresionante túmulo funerario.

—El cuerpo aparece totalmente momificado —declaró—. Creo que no me equivocaría mucho si dijera que estas criaturas perecieron hace... miles de años.

—Sí, es posible —asintió Muller, cuya expresión demostraba indecisión.

—Me pregunto si «ellos» vivieron aquí o vinieron de otro planeta —murmuré entre dientes. En realidad hablaba para mí mismo, expresando mis pensamientos en voz alta.

—¡Las naves! —exclamó Diana—. ¡Yo vi una especie de astronaves monstruosas que remedaban figuras de colosales reptiles antediluvianos!

—Así es —convino Muller—. Lo más probable es que vinieran a Silvershine desde algún mundo remoto.

—Atraídos por el brillo de la superficie del planeta, Es decir, su objetivo era similar al nuestro: cargar grandes cantidades de platino —observó el doctor Kalavan, reflexivo.

Me erguí, muy nervioso.

—Siento una gran inquietud —confesé—. Algo me dice en mi interior que está a punto de ocurrirnos alguna irreparable desgracia.

Como si mis palabras tuvieran el poder de predecir el futuro, un alarido llegó a mis oídos, de repente.

Me volví y encontré a Diana en el suelo.

Se debatía violentamente y sus manos oprimían su cuello como si se ahogara.

—Su reserva de oxígeno se ha agotado —exclamó Kalavan—. Diana se impresionó mucho allá abajo y su ritmo de respiración ha terminado con su balón de oxígeno antes que nosotros los nuestros.

Corrí como un loco, a riesgo de despeñarme, hacia el «Carlectric», tomé uno de los seis balones de oxígeno de reserva y volví con la misma precipitación hasta el talud.

En pocos segundos, habíamos cambiado el depósito de oxígeno de Diana, que volvió en sí poco después, aunque su pulso había subido inmediatamente hasta las ciento treinta pulsaciones por minuto.

Muller, Hackman y Mansfield me miraron fijamente, mientras el doctor Kalavan se ocupaba, muy cerca, de la doctora Davis.

—Volvamos —dije como respuesta a su muda pregunta—. Creo que por hoy ya tenemos bastantes emociones. Volveremos cuando nos hayamos recuperado a bordo.

Por su gesto, supuse que Muller no se sentía de acuerdo con mi decisión, pero yo estaba dispuesto a mantenerla, por lo que finalmente todos descendimos hacia el «Carlectric» y tras acomodar dentro del vehículo a Diana, subimos.

Mansfield hubo de conducir marcha atrás a lo largo de la base del volcán, puesto que intentar la maniobra en círculo para bajar de frente hubiera llevado consigo el riesgo de volcar, dado lo empinado de la pendiente.

Por fin, el «Carlectric» rodó sobre terreno llano en dirección al desfiladero por el que habíamos llegado al anfiteatro rocoso que rodeaba al imponente Demonmouth.

Apenas penetramos en el estrecho y profundo cañón, escuchamos un rumor tan profundo y horrísono que Mansfield detuvo el vehículo, aterrado.

Volvimos la mirada y contemplamos algo terrible: centenares de pedruscos incandescentes de enorme volumen rodaban desde el cráter envuelto en brumas y machacaban sordamente la ladera.

Tomé unos prismáticos y advertí que el talud de las «momias» había desaparecido bajo la gigantesca avalancha de rocas ardientes.

Muller me arrebató los prismáticos de las manos y oteó hacia

arriba con ansiedad.

Debía estar pálido cuando me devolvió los prismáticos y murmuró:

—Me parece que tendré que creer de aquí en adelante en tu poder adivinatorio, Jack. Dijiste que temías que fuese a producirse alguna desgracia. Si hubiéramos seguido junto al talud...

No dijo nada más. Pero yo adiviné sin esfuerzo su estado de ánimo.

Ya me disponía a ordenar a Mansfield que prosiguiera la marcha desfiladero adelante, cuando Kalavan dejó escapar un gemido.

Le tomé por los hombros y le miré.

Kalavan había alzado su visor, sin que ninguno de nosotros nos diéramos cuenta.

— ¡Mirad, mirad! ¡Allá, en el farallón! —gritaba como un poseso.

Obedecimos como autómatas.

Uno por uno, elevamos el cristal protector y dirigimos nuestras aterradas miradas hacia la enorme pantalla del farallón negro.

Creo que mi corazón debió pararse en aquel instante. O al menos ésa fue la sensación que experimenté.

Porque en el farallón estaban proyectándose, nítidas, unas imágenes vaporosas que parecían emerger de aquella impalpable niebla fosforescente.

Vi cómo ascendía... ¡nuestro propio «Carlectric» con todos nosotros a bordo!

Sucesivamente fueron reproduciéndose las imágenes de nuestro ascenso, pendiente arriba, la trabajosa marcha del vehículo, la detención de éste junto al talud, los movimientos de Muller, Hackman y yo mismo; la observación de aquella gran lámina de platino, la silueta de Mansfield al pie del talud, nuestros acompasados movimientos, apiñados al pie del monumento funerario donde yacían para siempre aquellos desconocidos gigantes..

No quise seguir viendo y de un golpe bajé mi visor. Las imágenes desaparecieron: en su lugar sólo quedó la visión del liso y

oscuro farfallón que se perdía en las alturas.

— ¡Volvamos, volvamos! —grité como un loco.

CAPÍTULO VIII

La poderosa astronave permanecía en silencio absoluto.

Abrí los ojos y desperté.

Brutalmente, los recuerdos de la jornada anterior volvieron a mi memoria y me sentí angustiado.

Juro que mi primer pensamiento de aquel día fue el de dar media vuelta sobre el lecho y seguir durmiendo para olvidar aquella pesadilla.

Sólo mi sentido del deber me impulsó a levantarme y vestirme.

Fui a ver a Diana, que la noche anterior había sido hospitalizada por el doctor Kalavan, que temía por su salud.

Su sedosa cabellera negra aparecía desbordada sobre la ropa de la cama.

Sus facciones, finas y bellas, aparecían muy pálidas. Tan pálidas que experimenté un escalofrío.

Pero mi aliento debió despertarla, porque sus grandes y sensitivos ojos negros se abrieron y me miraron con un brillo húmedo.

—¡Jack, querido Jack! —murmuró en un susurro.

Ceñía mi cuello con sus manos y me besaba y me acariciaba desesperadamente.

No dije nada. Me sentía incapaz de pronunciar un solo

monosílabo.

La veía tan débil, tan niña y tan desvalida que la pasión brotó dentro de mí tan incontenible como el magma del cráter del volcán Demonmouth.

La besé, estremecido, la abracé y le prodigué las más tiernas palabras de consuelo.

Kalavan penetró en la cabina del hospital minutos después.

Me sorprendió su sonrisa, sus ojos brillantes, su aspecto general, que rebosaba entusiasmo.

—Vamos, vamos, coronel, no hay motivos de preocupación. Diana se recuperará rápidamente —exclamó, lleno de vitalidad y optimismo.

Jamás había. visto a Kalavan en un estado anímico tan elevado. Pero comprendí la causa, al incorporarme, me llegó su fuerte aliento: había bebido.

Dejé a Diana en compañía de Kalavan y salí al pasillo.

Todo estaba en calma a bordo de la ARCADY-2500. Al menos, a mis oídos no llegaba el menor rumor, lo cual era lógico, puesto que los reactores de la poderosa astronave permanecían en calma y sólo funcionaban los generadores necesarios para producir fuerza eléctrica,

La cabina de navegación estaba vacía. Ni Millan, ni siquiera Hackman o su ayudante, Clarence White, se ocupaban del control de la astronave.

Comencé a inquietarme.

Salí de la cabina y la banda deslizante me transportó hasta el «Ra» o zona de recreo.

También las espaciosas instalaciones del bar-club de a bordo estaban vacías.

Consulté mi cronómetro. ¡Eran las doce del mediodía !

Me maldije a mí mismo por haberme permitido tan largo descanso: nada menos que trece horas seguidas de sueño.

A la salida del «Ra» me encontré con Morton Donsey.

—¿Dónde están? —pregunté en tremendo estado de tensión.

Sólo entonces pude advertir que el rostro del anciano presentaba un aspecto verdaderamente lastimoso: tenía abultados los labios, hinchado un ojo y un gran hematoma negruzco en la frente.

—Lo siento, coronel —explicó, con entereza—, pero no pude convencerlos de que sería una locura partir sin usted…

Me lo explicó todo, sin que su voz temblase lo más mínimo, a pesar de que debía sentirse ofendido, humillado y dolido.

Muller había convocado una conferencia en la sala de asambleas, poco después de que yo me retirase a descansar.

—No voy a negar que Muller tiene una gran capacidad para atraer a las masas. Les explicó su decisión de hacer esa misma noche una nueva incursión a la zona del volcán Demonmouth, de donde, según él, volverían cargados de platino purísimo, que podía recogerse de las faldas del volcán sin necesidad de herramientas siquiera…

Luego, para caldear los ánimos, Muller los había arrastrado a todos al «Ra», habían violentado todos los *measurcols* del bar y habían bebido hasta hartarse.

Durante un par de horas, todos los componentes de la ARCADY-2500 se habían entregado a la borrachera y a la bacanal más frenética.

—Aquello parecía una antigua orgía a la romana —siguió el anciano—. Kalavan cayó al suelo, inconsciente, ahíto de alcohol. Y ésa es la razón de que permanezca todavía a bordo.

Cuando se disponían a abandonar el «Ra», Morton Donsey les había salido al paso.

—Les increpé, grité que su conducta era más propia de malhechores que de profesionales responsables y disciplinados. ¡Para qué lo hice…! El primero que se lanzó sobre mí fue ese hombre de color, George Jackson. Luego… bueno, creo que todos me golpearon antes de que yo perdiese el conocimiento. Cuando volví en mí, no quedábamos a bordo más que usted, el doctor Kalavan, Diana y yo mismo.

Hube de estremecerme, de ira y de miedo.

¡Aquel loco obseso de Muller…! Indudablemente, Muller no había llegado a comprender el riesgo a que exponía a todos los estúpidos que se habían dejado convencer por él.

—Están locos, locos, locos... No comprenden que la ARCADY-2500 precisa continuamente personal de mantenimiento si queremos conservar un mínimo de seguridad. Los reactores pueden detenerse para siempre y entonces...

Me sentí incapaz de seguir hablando.

De repente, tomé una decisión: iba a tomar uno de los «Carlectrics» que se alojaban en el garaje de la planta inferior y volaría junto a aquellos locos y los obligaría a volver a bordo, de grado o por la fuerza.

Donsey me detuvo.

Una vez más debió adivinar mis propósitos, porque dijo:

—Es inútil, si lo que había decidido era trasladarse hasta la zona de Demonmouth. Se llevaron los tres vehículos. Sólo podrá ir... andando.

Andando... más de treinta kilómetros.

Fui al «Ra», tomé una copa y la llené en mi *measurcol,* que, por alguna extraña razón, no había sido vaciado.

Bebí con ansia, Donsey me observaba en silencio, a cierta distancia.

El alcohol me calmó un tanto. Y volví a llenar mi copa.

—Es una locura —murmuré, desquiciado—. Ellos mismos se han atado la soga al cuello. ¿Cómo no lo han pensado? Los vehículos sólo tienen diez plazas, contado el conductor. ¡ Y ellos son cincuenta y ocho personas!

—Lo sé. Agotarán los acumuladores de los «Carlectrics» antes de haber cumplido los cien kilómetros de su autonomía, al marchar sobrecargados —comentó Donsey.

—Pero no se trata de eso solamente —observé, colérico—. Si cargan los vehículos, hombres y mujeres tendrán que volver a pie. Para cubrir treinta kilómetros de distancia necesitarán más de seis horas... ¡y antes de que transcurra ese plazo sus equipos de oxígeno se habrán agotado!

Donsey se acercó. Parecía desalentado.

—He pensado en ello, coronel. Pero, créame, ni usted ni yo

somos culpables de esta situación —dijo—. Por otra parte, no tenemos la más remota posibilidad de ayudarles.

—Eso me temo —dije. Y noté un extraño vahído, di un traspié y estuve a punto de caer.

Donsey me sostuvo amablemente. Para ser un anciano, poseía una fuerza y una resistencia admirables.

En cuanto a mí, algo muy extraño me estaba ocurriendo. ¿Era consecuencia del alcohol, quizá?

No soy un bebedor habitual ni un alcohólico, pero siempre he podido aguantar perfectamente cuatro o cinco whiskys.

Lo cierto es que de repente me solté con brusquedad de sus brazos, me agité y caí al suelo, víctima de un violento acceso de nervios.

Según me contaría el propio Donsey mucho después, mis facciones se deformaron, mis fauces arrojaron espumarajos rabiosos y mis ojos giraron diabólicamente en sus órbitas.

Durante mi acceso nervioso, debí golpearle sádicamente, porque cuando volví en mí la nariz del pobre anciano arrojaba un caño de sangre.

Lo cierto es que cuando recobré el conocimiento algo había alterado profundamente mi equilibrio emocional.

Sonreí enigmáticamente y me zafé de las manos solícitas de Morton Donsey.

—Morirán todos. O casi todos —dije cínicamente—. Lo cual facilita extraordinariamente mis planes.

—¿Qué. planes? —preguntó, estupefacto, el pobre Donsey, que había ido a parar sobre la barra como resultado de mi bestial empellón.

Reí a carcajadas.

—¿Quiere saberlo? —exclamé, entre risotadas—. Pues bien: he decidido enriquecerme. Y si tengo que repartir con menos personas el metal que obtengamos en Demonmouth, tanto mayor será mi riqueza.

Advertí que me contemplaba con una rara expresión, entre consternado e incrédulo.

—¡Dios santo! —murmuró—. También usted se ha vuelto loco, coronel.

—¿Loco? Creo que jamás me he sentido más cuerdo que ahora. ¡Al diablo con todos, al diablo con usted, Donsey! Mi juventud se desarrolló a lo largo de años y años de miseria, de sacrificios y de renunciaciones. ¡ Basta ya! Ahora seré inmensamente rico.

—¡No es posible! —la expresión del pobre Donsey era tan patética que de nuevo prorrumpí en carcajadas desaforadas.

—¿Por qué no es posible? Me he cansado de hacer el idiota, eso es todo. Durante treinta años de mi vida, he visto pasar junto a mí a los potentados, haciendo gala de sus riquezas, empleando su poder para humillarme a mí y a otros como yo. Pero se terminó.

Donsey se acercó un poco, temeroso, para observarme a través de los cristales de sus gafas.

—Creo que algo ha alterado sus facultades mentales —murmuró, como si hablase para sí mismo—. El alcohol, quizá. ¡Sí, eso es: debieron manipular en su *measurcol,* depositaron alguna droga en el whisky!

Miré mi copa, extrañado.

Pero de nuevo las carcajadas brotaron de mi garganta.

—Tonterías. Lo cierto es que, al fin, consigo ver las cosas con claridad. Escuche, Donsey: tengo al alcance de mi mano la riqueza y el poder definitivos. Y no voy a renunciar ni a una cosa ni a la otra.

—Se lo ruego, coronel —gimió el anciano—. Vuelva en sí, descanse: yo velaré su sueño. Créame, todo esto debe ser consecuencia de la enorme tensión a que ha estado sometido durante las últimas jornadas. El descanso...

Le miré con desprecio y le di la espalda.

Donsey me siguió inmediatamente.

—¡Coronel! —gritó con una energía insospechada—. No puede rendirse a la codicia como los otros. O morirá, como esos desgraciados.

Me volví hacia él, mientras la banda deslizante me transportaba en dirección a la cabina de navegación.

—Bien pensado, me parece que nos hemos equivocado respecto a nuestros compañeros de expedición, Donsey. ¿Por qué habían de morir? ¿Ha olvidado que la atmósfera de Silvershine es rica en oxígeno y posee la proporción adecuada de nitrógeno? Bastará que respiren el aire de este planeta cuando se termine su reserva de oxígeno —declaré, triunfante.

—Pero todo eso me parece un contrasentido. Tan pronto demuestra alegrarse por la posible muerte de nuestros camaradas, como arguye que es posible respirar el aire de Silvershine...

—Los necesito, por ahora —dije, enigmático—. Cuando llegue el momento, me desembarazaré de ellos.

Detrás de mí, Donsey se enjugó el sudor de su frente. Parecía tan impresionado, que hubiera sentido compasión de él.

Pero en mi corazón no había ya lugar para la piedad.

CAPÍTULO IX

Hacia el anochecer llegaron dos de los tres «Carlectric».

Muller conducía uno de ellos y Joanna Barris el otro.

Habían desmantelado los asientos de los vehículos para dejar el mayor espacio útil para la carga.

Cada uno de los «Carlectric» transportaba tonelada y media de láminas de platino.

Los vehículos ascendieron por la rampa abierta en el fuselaje de la astronave y descargaron el metal a bordo.

—¿Y vuestros compañeros? —pregunté, apareciendo a espaldas de Muller y Joanna.

Muller se volvió de un respingo.

Vi que su mano descendía como un relámpago a su cintura, donde llevaba su pistola electrónica.

Pero yo tenía mi arma empuñada y les encañonaba ya, en previsión de cualquier desfavorable reacción por su parte.

—Calma, Ed —dije—. Estoy con vosotros.

Muller alzó despacio su visor y me contempló, muy sorprendido.

Pero Joanna sonreía, triunfante.

—Tranquilízate, Muller —dijo ella, segura de sí misma—. Jack

no miente. Está dispuesto a colaborar con nosotros y también a aceptar su parte en los beneficios.

—Así es —respondí; y la observé con atención—. Sin embargo, pareces absolutamente segura de mí. ¿Por qué?

Tornó a sonreír, insinuante.

—Siempre estuve segura de que terminaría imponiéndose tu sentido práctico, querido. ¡Vamos a ser increíblemente ricos, Jack! Cuando lleguemos a la Tierra, podrás codearte con los millonarios, gozar todos los placeres y pisotear o destruir todo aquello que te disguste. ¡Serás un dios sobre la Tierra!

Curiosamente, sus palabras lograban aumentar mi codicia, mi ambición de poder.

—¿Entonces...? —preguntó Muller, expectante.

—Podéis contar conmigo. Con una condición: seré yo, como antes, quien dirija las operaciones —exigí.

—Sea —convino—. Seguirás siendo el jefe. Por otra parte...

—¿Qué?

—Tienes que saberlo, antes o después. Bill Millan ha muerto —declaró.

Me volví, indiferente.

—¿Y bien...? ¿Cómo ocurrió? —quise saber. Y juro que no experimentaba entonces la más leve emoción.

—Su segundo depósito de oxígeno se agotó. Y no disponíamos de balones de reserva. Millan respiró normalmente el aire de este planeta durante tres horas, sin dejar de recoger platino ni un solo momento, como todos nosotros. Luego uno de los mecánicos vino corriendo a nosotros y nos llevó a donde yacía Bill...

Estaba muerto.

Su rostro estaba azulado, como el resto de su cuerpo.

—Advertimos que sus músculos apenas tenían consistencia y nuestros dedos se hundían en su cuerpo como en una masa blanda. Le despojamos de su equipo espacial y le abandonamos. Cuando volvimos, al cabo de media hora, con el fin de recoger su cuerpo y traerlo aquí, sólo encontramos una huella húmeda sobre el polvo, una

silueta que correspondía exactamente a su cuerpo, pero nada más —terminó de narrar Muller.

No pude evitar un estremecimiento de angustia.

Mi conciencia estaba embotada por la codicia, pero mi instinto de conservación permanecía intacto. Y yo, ahora, experimentaba un miedo abyecto.

—Tendremos que tomar precauciones —dije, severo—. Realizaremos el transporte de metal de forma organizada. Para ello, deberán volver hombres, que se encargarán de rellenar los equipos de oxígeno. Para empezar, cargaremos uno de los vehículos con botellas de oxígeno, al fin de disponer de suficientes equipos en la zona de Demonmouth. Por otra parte, estableceremos turnos de trabajo razonables y los relevos se realizarán de forma sistemática. No quiero que se produzcan más fallos.

Joanna rió por lo bajo.

—Creí que ahora sólo te importaba ya la riqueza —comentó, irónica.

La miré fríamente.

—Aciertas. Pero hasta que los almacenes de la ARCADY-2500 estén llenos a tope de ese precioso metal plateado, os necesito a todos. De la misma forma que vosotros me necesitáis a mí para devolveros a la Tierra. Porque, en definitiva, ¿de qué os valdría poseer toneladas de platino si no podéis disfrutar de vuestra riqueza en la Tierra?

Muller aprobó mis palabras con un movimiento de cabeza.

—Jamás te había oído razonar de forma tan sensata, coronel. Celebro que hayas olvidado tu tonto sentimentalismo y hayas adoptado una postura práctica —alabó.

—Pero Diana Davis… —insinuó Joanna, insidiosa.

—Me importa tanto como cualquier otra persona… con tal de que colabore en mis planes. Y ahora, manos a la obra —terminé.

Un alarido resonó a mi espalda.

Me volví, asustado, de un respingo y vi a Diana, pálida como la misma muerte.

Había llegado silenciosamente hasta el hangar y había

escuchado todas mis palabras.

Corrí hacia ella y la zarandeé, rabioso.

—¿Qué es esto? —grité, lleno de ira—. ¿Es que te dedicas a espiarme ahora?

Pero Diana se zafó de mis manos y dejó escapar un sollozo desgarrador.

Y luego, de repente, comenzó a golpear su cabeza contra el muro metálico, dominada por un violento acceso de histeria.

En su desesperación, Diana estaba dispuesta a terminar con su vida de aquella salvaje forma.

Muller y yo nos vimos en un aprieto para sujetarla y dominarla. Finalmente la golpeé en la barbilla y su resistencia cedió.

La tomé en mis brazos y alcancé la banda deslizante que me transportaría hacia las plantas superiores.

Cerca del hospital me encontré con Morton Donsey. Se apoyaba en el muro metálico y tenía la cabeza hundida entre los hombros con aire de profundo abatimiento.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, temeroso.

—Diana sufrió un ataque histérico y tuve que golpearla para reducirla —confesé, sincero.

—¡La ha golpeado, ha golpeado a Diana, la mujer a la que ama! —clamó el anciano, desesperadamente.

Y añadió—: Ahora sí que empiezo a sospechar que el diablo ha brotado de ese volcán y se ha apoderado de todos nosotros, coronel...!

Creo que sus ojos estaban húmedos de lágrimas.

Y no debía resultarle muy fácil llorar al pobre viejo.

Pero yo le di la espalda y penetré con Diana en los

brazos en la gran cabina del hospital.

El doctor Kalavan estaba borracho y dormía pesadamente en una de las camas destinadas a los enfermos.

Murmuraba algo entre sueños. Palabras ininteligibles que, probablemente, no significaban gran cosa.

—El diablo ha abierto sus fauces... ¡Sí! Seguramente, ese demonio rojo pretende engullirme. Pero a mí...

Llevé a Diana a una de las cabinas individuales y la dejé en el lecho.

La miré, en silencio.

Mi puño, demasiado duro, había dejado una gran marca violácea en su fino mentón.

Algo pareció conmover por un instante mis fibras más sensibles. Estuve a punto de acariciarla inconscientemente, pero mi mano se detuvo en el aire.

No era ocasión para dejarse llevar por tontos sentimentalismos. Ahora sólo importaba almacenar láminas de platino fundido en los grandes almacenes de a bordo.

Salí del hospital, seguro de que Diana volvería en sí poco después. Ni por un momento me detuve a pensar que ella podría sentirse desesperada nuevamente e intentar quitarse la vida por segunda vez.

No pensé en nada de ello porque mi mente estaba absolutamente poseída de la más intensa codicia.

Volví al hangar llevando sobre la banda transportadora nuevos acumuladores para remplazar los desgastados de los «Carlectrics».

Joanna y Muller me ayudaron en la tarea de cambiarlos.

Fue entonces cuando me incorporé, excitado, y pregunté, mirándoles con fijeza:

—¿Y el tercer vehículo? ¿Por qué no lo habéis traído?

Se miraron entre sí, indecisos.

Finalmente fue Joanna la que alzó desafiantemente su barbilla y confesó:

—Lo hemos perdido. Martin Conway, uno de los mecánicos ayudantes de Peter Mansfield, se empeñó en ascender por la ladera hasta el lugar en que las láminas de metal eran más espesas y abundantes. Una enorme grieta se abrió bajo ellos de improviso y... los engulló, envueltos en un chorro de metal líquido.

—Eso fue lo que sucedió —afirmó Muller—. Tendremos que

arreglarnos con sólo dos vehículos.

CAPÍTULO X

Muller y Glosser volvieron a las doce de la noche, con sus «Carlectrics» cargados de láminas de platino. Con ellos venían los tres electricistas que se encargarían de preparar los acumuladores eléctricos y los equipos de oxígeno a bordo de la ARCADY-2500.

Durante el día era imposible permanecer en la superficie de Silvershine bajo los rayos del ardoroso Tellus, pues la temperatura alcanzaba a las doce del mediodía muy cerca de los sesenta grados y era obligatorio, por tanto, permanecer inactivo, a la sombra, protegido de los peligrosos rayos solares del astro.

No descansé más de cuatro horas aquella noche, puesto que mis camaradas tenían el proyecto de realizar un nuevo viaje antes de que Tellus iluminase los picachos del planeta.

Mi sueño debió ser muy agitado.

Porque aquella noche soñé con Susan Gaynor...

* * *

Conocí a Susan cuando yo apenas acababa de cumplir los veintidós años.

Había terminado mi carrera de ingeniero aeroespacial y en

seguida había obtenido un buen empleo en la Gaynor Entreprise, una poderosa empresa que se dedicaba a la fabricación de elementos electrónicos destinados a formar parte de las más modernas astronaves.

Es cierto que en el siglo XXVI no existían ya pobres sobre la superficie de la Tierra. No había pobres —en el más estricto sentido de la expresión—, pero sí había personas que ganaban lo suficiente para vivir y otras que poseían fabulosas fortunas.

Como Ronald Gaynor, el director y principal accionista de las fábricas de elementos electrónicos Gaynor.

En el ambiente propio de mi profesión, se decía por entonces que yo era un joven ingeniero con mucho talento, *un profesional que prometía mucho.*

Ronald Gaynor, por su parte, tenía una hija y… ochocientos millones de dólares.

Susan era maravillosa. Esbelta, elegante; su aire juvenil, su locuacidad eran como un chorro de brisa fresca para todos los que tenían la suerte de gozar de su amistad.

Era una jovencita rubia, de rostro más bien aniñado y cuerpo maduro de mujer en sazón.

Yo la había visto en varias ocasiones, pero siempre a distancia, como correspondía a un empleado de su padre.

Luego, un día recibí una invitación para gozar de un fin de semana en la casa de campo que Ronald Gaynor poseía en las salvajes montañas de Wyoming.

No fui yo el único empleado que recibió una tarjeta de invitación. Míster Gaynor había invitado también a otros jóvenes talentos de su empresa. Era una costumbre habitual en. el millonario: distinguía de esta forma a sus empleados más destacados y… leales.

Por un momento me sentí empujado a declinar la invitación. Por aquel entonces, yo despreciaba en mi interior cuanto fuese riqueza, ostentación, lujo y privilegio.

Sin embargo, renunciar a la invitación hubiera supuesto para mí un montón de represalias, entre las que, probablemente, podría contarse también mi despido de la empresa.

Así que decidí aceptar. Por lo demás, yo estaba seguro de que un

fin de semana en Wyoming resultaría de lo más agradable.

No se podía cazar ya indiscriminadamente, sino con un permiso muy estricto de las autoridades, y siempre que una especie cinegética abundase con exceso, pero en las tierras de Ronald Gaynor se cazaba en toda época del año: un privilegio más del potentado.

El viernes por la mañana me recogió en mi domicilio un modernísimo turbo-helicóptero propiedad de Gaynor, que me trasladó a su residencia. Desde allí emprendimos el viaje hacia Wyoming en un enorme dirigible convertido en palacio flotante y dotado de todas las comodidades y seguridades.

Teníamos total libertad a bordo, viajábamos en compañía de deliciosas damas de la mejor buena sociedad yanqui y todo a nuestro alrededor tenía un regusto almibarado y placentero que embotaba los sentidos.

Estaba tomando un combinado en compañía de algunos empleados de las empresas Gaynor en el fabuloso bar de a bordo, cuando apareció Susan.

Parecía una diosa, desbordante de belleza y juventud. Graciosamente se sentó junto a nosotros, participó en nuestra charla y... súbitamente tomó mi vaso y probó un sorbo de mi combinado.

Se alejó poco después de nosotros con una frase amable y una sonrisa.

¡Susan parecía tan frágil, tan deliciosa, tan deseable...!

Cuando me di cuenta, mis compañeros me contemplaban entre envidiosos y expectantes.

—¿Qué esperas, elegido de los dioses? —exclamó Edward Gable —. ¡Corre, vuela! Ella te espera.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, confuso.

—¿Es que no conoces la costumbre? Cuando Susan Gaynor bebe en la copa de uno de nosotros, ese gesto sólo significa una invitación implícita.

—Os burláis de mí —respondí. Y me sentía muy embarazado.

—Cometerás una estupidez si desaprovechas la ocasión — insistió Gable. Y algo me dijo en su expresión que no mentía.

Me alcé de mi sillón y anduve, indeciso, en pos de Susan.

La encontré en la cubierta encristalada de proa, una gran terraza convertida en un jardín merced a las plantas lujuriosas que crecían en jardineras.

—Al fin —exclamó ella, al yerme aparecer. Y sus rojos labios estaban entreabiertos en un rictus de ansiedad—. Pensé..., sospeché que ibas a despreciar mi invitación.

No me miraba directamente. Pero estaba allí, al alcance de mi mano, tentadora, próxima, insinuante.

—No sabía... Compréndalo, señorita Gaynor, apenas nos conocemos —dije, indeciso.

Ella rió alegremente. Y su risa era como una cascada que desbordara vida y gozo turbadores.

—Yo sí te conozco, Jack —se había vuelto y sus ojos verdes brillaban a la luz del sol.

Me lo demostró inmediatamente. En efecto, sabía muchas cosas de mí, de mi trabajo, de mi carácter.

Durante el resto del viaje permanecimos juntos. Por un instante, creí que ella iba a entregárseme a bordo del dirigible, pero no fue así, aunque permitió que la besara y la acariciara hasta el frenesí.

Fue en las montañas de Wyoming, en lo más intrincado del bosque, cuando ella ciñó mi cuello con sus finas brazos y me besó apasionadamente.

Juntos nos sumergimos en el placer con loca intensidad. No era una ingenua ni una principiante en cuestiones eróticas. Por el contrario, pude comprobar que dominaba ampliamente todos las artes del erotismo.

—Me gustas, me llenas —susurró ella cuando ambos nos sentimos ahítos de placer.

—Te amo —declaré fogosamente, como la cosa más natural del mundo.

Por desgracia, el fin de semana transcurrió demasiado rápido para mí.

El domingo, al atardecer, el dirigible nos transportó de vuelta a

la ciudad.

Susan me despidió en su casa, tierna y apasionada.

—Susan —gemí, apasionado—, necesito volver a ver te, a tenerte entre mis brazos.

Sonrió enigmáticamente, pero no dijo nada.

Aquella noche me debatí en sueños turbadores y eróticos en los que siempre estaba presente Susan. ¡Susan, Susan, siempre Susan, desnuda, insinuante, ofreciéndome largas noches de placer y de amor!

Al día siguiente intenté entrevistarme con ella. Pero resultó imposible: Susan estaba en Europa, en viaje de placer.

Los días, los meses fueron transcurriendo lentos y desesperados para mí.

Al fin, cuando me anunciaron que ella había tornado de Europa, la llamé inmediatamente, ansioso por escuchar su voz.

Alguien —una persona del servicio, supongo— me informó secamente que *miss Gaynor no estaba para nadie.*

Me sentí desesperado y triste. Buscando, quizá, un consuelo que no sería fácil conseguir, fui a ver a Edward Gable.

Cuando mi amigo oyó mis frases apasionadas, una sonrisa frunció sus delgados labios.

—¡ Pobre Jack, te has hecho demasiadas ilusiones! Supongo que no conoces el verdadero carácter de Susan Gaynor.

—¿Qué quieres decir? —exclamé, sobresaltado.

—Sé que *voy* a causarte una profunda desilusión, pero mejor será que lo sepas de una vez. Susan suele enamorarse de un hombre por un día, tal vez por dos... Y luego los olvida para siempre. En verdad, es una auténtica devoradora de hombres.

Lancé un rugido de cólera. Inconscientemente, mis fuertes manos hicieron presa en su cuello y apretaron. Estoy seguro de que le hubiera estrangulado, de no comprender a tiempo que ello supondría un auténtico asesinato.

Le solté al fin, jadeante, ebrio de cólera, absolutamente trastornado.

Edward respiraba estertorosamente hasta conseguir recuperar la respiración.

Cuando pudo hablar gritó:

—¡Vete! Eres un iluso si llegaste a hacerte ilusiones respecto a Susan Gaynor. Ella no es otra cosa que una hermosa zorra con un padre millonario y sujeto a sus caprichos.

Me fui.

Durante el resto de la noche vagué, enloquecido, de un lado a otro, hasta terminar extenuado.

La duda comenzaba a hacer mella en mi mente. De todas formas, sólo conseguiría convencerme si la propia Susan lo conseguía con sus palabras.

Puse toda mi voluntad y mis recursos en procurar una entrevista. Y finalmente lo conseguí.

Para ello, tuve que penetrar como un ladrón en la residencia Gaynor.

Cuando ella me vio, me miró fríamente, como si yo solamente fuera para ella un insecto molesto y repugnante.

A mis palabras apasionadas, respondió con un gesto de desdén:

—¿A qué viene toda esta pantomima, querido Jack? Te ofrecí unas horas de placer, te amé durante tres días. Deberías sentirte afortunado por ello y, sin embargo, insistes en molestarme ahora. Pues bien, te lo diré claramente: no me importas, no me has importado nunca. En realidad, desprecio a los tipos absorbentes y presuntuosos que, como tú, sólo son simples empleados. ¿Qué te habías imaginado, que ibas a vivir a mi lado un idilio eterno? ¡Pobre estúpido...! ¡Vete ahora, vete o mis guardaespaldas te destrozarán!

Si las palabras tuvieran la contundencia física de los golpes, yo me hubiera derrumbado, absolutamente vencido.

Las palabras de Susan tuvieron la virtud de hacerme reaccionar con orgullo y entereza.

Me marché, sí. Y desde aquel momento odié a Susan Gaynor con toda mi alma.

Hubiera dado media vida por poseer tantos millones como su

padre, por poder humillar a aquella zorra engreída.

Por desgracia, ni siquiera me fue posible conservar mi empleo en las empresas Gaynor: Susan había hecho valer su voluntad ante su padre y pocos días después me despidieron.

Seguía soñando, soñando sin tregua.

Contemplaba una enorme mansión, brillante… construida en platino macizo.

Me veía en sueños rodeado de todos los honores que un humano puede conseguir.

Y allí, a mis pies, arrastrándose como una babosa, estaba Susan Gaynor, rogándome, humillada y vencida, que volviese a amarla…

CAPÍTULO XI

Desperté a las cuatro treinta completamente bañado de sudor.

La cápsula-control que tenía insertada en mi cerebro obró por mí y devolvió la agilidad a mis sentidos.

Me alcé del lecho y abandoné mi cabina.

Fui a comprobar el trabajo de los tres mecánicos que recargaban los acumuladores eléctricos y las botellas de oxígeno.

Estaban despiertos y trabajaban como autómatas, con un entusiasmo que únicamente hacía posible la codicia, el ansia de riquezas.

Les vi trabajar durante unos minutos y descendí al hangar. A través del visor de diez centímetros de grosor contemplé la huella que las orugas de los «Carlectrics» habían dejado sobre la superficie de Silvershine.

Me retiré de allí, al comprobar que los vehículos no estaban a la vista aún.

¿Qué hacer para entretener la espera? Me sentía tenso, nervioso, inquieto.

Sentía necesidad de beber y me trasladé al «Ra». Percibía la quietud y la calma a bordo de la ARCADY- 2500 como algo extraño, poco usual.

Activé las puertas deslizantes y penetré en el club. No había nadie, naturalmente. Tomé una copa y la llené en mi *measurcol.*

Pero el licor no tuvo la virtud de sosegarme. Por el contrario, me sentí más y más inquieto, impaciente, ansioso por entrar en acción.

La quietud que me rodeaba llegaba a causarme un profundo desasosiego. Impaciente, vagué por los pasillos, recorrí los almacenes, las enormes salas de máquinas, el salón de asambleas...

Había una luz en el laboratorio bioquímico que llamó mi atención.

Me dirigí hacia allí y entré.

Diana y el doctor Kalavan permanecían absortos sobre una mesa de experiencias. Kalavan miraba algo a través de un microscopio electrónico y hablaba algo en voz baja y contenida que no pude entender.

Diana se volvió súbitamente, como si más que comprobar mi presencia la acabase de adivinar.

Vi su tez pálida, su silueta desacostumbradamente delgada y esbelta, su expresión entre sorprendida e inquisitiva.

—¿Qué ocurre? —dije. Y me acerqué a ellos.

Kalavan se retiró del microscopio y me miró. Parecía muy sereno y, por más que me esforcé en observarlo, no descubrí en él huellas de su pasada borrachera.

Al acercarme, vi a Morton Donsey, que hasta entonces había permanecido oculto a mis ojos por la mesa de experiencias.

—Vamos, hablen —ordené al advertir su indecisión—. ¿Qué es lo que han descubierto?

—Hemos analizado escrupulosamente las muestras que Hackman tomó de la momia descubierta al pie del talud, en la zona de Demonmouth. Llevamos muchas horas realizando pruebas con rayos X, cromatográficas y también con ácidos reactivos —me explicó Diana, de forma impersonal.

Desde el otro extremo del laboratorio, Donsey me miraba con una pizca de esperanza, pero yo aparté mis ojos rápidamente.

—Bien —insistí—. ¿Cuál es el resultado de esas pruebas?

—Los gigantes estuvieron aquí hace menos de diez años —respondió el doctor Kalavan.

Contuve una exclamación de sorpresa.

—Pero eso es imposible, doctor —exclamé—. Usted mismo explicó *in situ* que aquel cuerpo estaba completamente momificado, y que, en consecuencia, no era aventurado calcular que los cadáveres habían permanecido en aquel lugar centenares, tal vez miles de años.

Diana respondió sin mirarme.

—El doctor Kalavan y yo estamos de acuerdo en que aquélla fue una valoración rápida y muy aventurada, puesto que fue realizada a ojo. Las tres pruebas que hemos practicado hasta cinco veces no pueden ser erróneas: los gigantes de cabello rojo estuvieron en este planeta entre hace ocho o diez años.

Mi inquietud aumentó muchos grados.

—No lo comprendo —confesé—. ¿Qué explicación puede darse, en este caso, a la rápida momificación de los cuerpos que hallamos en la hondonada del talud?

Kalavan se desprendió de sus gafas. Sus ademanes eran seguros y firmes, lo que demostraba que se encontraba sobrio.

—Sólo una y muy real, dadas las condiciones de la zona del volcán. La altísima temperatura que reina allí mantiene libre de humedad el suelo. Ello unido al exceso de calor permitirían fácilmente que cualquier cuerpo se momificara, no digo en varios años, sino apenas en unos meses.

—Simples especulaciones —dije tras una pausa. Porque las palabras de los dos científicos no habían conseguido sino aumentar mi inquietud—. En cualquier caso, y admitiendo que los resultados de las pruebas fueran dignos de toda confianza, ¿qué demostraría todo ello? Que una sociedad compuesta por extraños gigantes de cabellos rojos llegaron a Silvershine antes que nosotros y que todos perecieron víctimas de un aluvión de lava candente.

Kalavan y Diana Davis no respondieron a mis exaltadas frases.

Pero Morton Donsey se atrevió a aproximarse a unos pasos de mí y me taladró con sus ojillos grises y penetrantes.

—Olvida usted algo trascendente, coronel. Si sólo hace diez años que esos gigantes rojos estuvieron aquí —y hablo de años «terrestres»—, en Silvershine, ¿quién puede asegurarnos que todos perecieron? Al igual que nosotros, muy bien pudieron enviar brigadas de obreros al volcán, mientras la mayor parte de ellos permanecían a

distancia prudencial... *al igual que nosotros en esta nave* —pronunció lentamente.

Comencé a exasperarme.

—¡Vamos, vamos, Morton! —exclamé, iracundo—. Eso de lo que usted habla, es una simple posibilidad, basada en las pruebas de laboratorio realizadas por los doctores Kalavan y Davis. Pero nada más.

Por primera vez, Diana se volvió y me miró a los ojos.

—Es una locura lo que estás haciendo, Jack. Tratas de negar lo que no comprendes, de forma elemental. Ahora debo ser franca y sincera: hemos sometido al cerebro electrónico todos los datos que hemos conseguido sobre esos seres gigantescos. Hemos realizado un estudio sereno y equilibrado y el cerebro electrónico ha respondido a nuestra pregunta —dijo.

—¿Y cuál ha sido su respuesta? —traté de burlarme, aunque yo conocía de sobra la alta fiabilidad de las conclusiones de nuestra máquina electrónica.

—El cerebro ha dicho únicamente: *Los gigantes permanecen aún en Silvershine* —respondió Diana.

* * *

A las cinco veinte de la madrugada llegaron los «Carlectrics» cargados de metal.

Se había disminuido la carga —de acuerdo con mis instrucciones — para transportar en los vehículos a los mecánicos que relevarían a los tres que se habían encargado hasta entonces del mantenimiento.

Muller y Joanna no hicieron ningún comentario mientras los «Carlectrics» ascendían al interior de la astronave y descargaban su precioso cargamento de platino en los almacenes.

Sin embargo, cuando se libraron de sus cascos y pude mirarles directamente, advertí que sus facciones .estaban demacradas y el tinte de su piel era ceniciento.

—¡No podéis engañarme! —bramé, acusador—. Sé que algo ha ocurrido. Y que tratáis de ocultármelo.

Joanna se derrumbó en seguida. Presa de un ataque de nervios, cayó al suelo y se debatió violentamente como si tuviera al diablo en su cuerpo.

Tuvimos que llevarla a las plantas superiores. En el hospital, Diana y el doctor Kalavan se hicieron cargo de ella.

Muller y yo salimos al pasillo.

Le observé con atención a la clara luz de a bordo: sus facciones más parecían piel apergaminada y surcada de arrugas profundas que el rostro de un hombre joven y saludable.

Sus ojos aparecían hundidos en las cuencas y brillaban febrilmente.

—Vamos, Ed; no te permitiré seguir fingiendo. Adivino que allá en Demonmouth ha ocurrido algo espantoso. ¿De qué se trata? —inquirí, atenazándole por un brazo.

Me dirigió una mirada vaga y errática y habló sin matices:

—Han muerto diez hombres, entre ellos Glosser y Mansfield. Dividimos la ladera del volcán en parcelas, donde cada uno debería ir amontonando las láminas de metal que los vehículos irían recogiendo posteriormente. El lugar donde trabajaban Mansfield y su grupo quedaba fuera de nuestra área de visión, oculta por la humareda de una fumarola. Cuando el «Carlectric» trepó por la ladera, les encontró sin vida...

—¿Hubo una avalancha de rocas incandescentes, se produjo un movimiento sísmico? —pregunté, lleno de ansiedad.

Muller negó con la cabeza.

—No advertimos nada sospechoso. Pero cuando me llamaron a gritos desde arriba, subí y me encontré con diez cadáveres, entre los que se encontraban los de Mansfield y Glosser. Habían reunido un enorme montón de láminas de más de dos toneladas de peso.

—¡No-lo-comprendo! —silabeé, impaciente—. ¿Por qué murieron?

Muller se tambaleó y hube se sujetarle sobre la pared metálica.

—No pude encontrar... nada anormal en ellos. Sus balones de oxígenos disponían de más de media carga y sus cascos estaban intactos. Pero sus cuerpos estaban... despedazados, como si... un

gigante los hubiera atacado —explicó a duras penas.

¡Despedazados… por las manos de un gigante!

Sentí que el pánico recorría mi espina dorsal como un fluido denso y electrizante.

Pero mi ambición seguía imponiéndose sobre cualquier otra cosa.

—Estás loco —dije, despectivo—. La tensión ha destrozado tu sistema nervioso. Y ahora… sólo ves fantasmas por todas partes. Escúchame bien, Ed: te quedarás aquí y descansarás. Cuando te hayas recuperado te harás cargo del control de a bordo. Elegiré a otro hombre para conducir uno de los vehículos y yo mismo me haré cargo del otro, ¿has entendido?

No podía entenderme, porque… Muller se encontraba en el suelo, desvanecido.

A punto estuve de golpearle a patadas, tan excitado me sentía.

No quería renunciar a seguir almacenando metal precioso en los almacenes de la astronave. No antes de que yo estuviera muerto.

Di media vuelta con Muller al hombro y me dirigí hacia el hospital.

Diana estaba en la puerta. ¿Había oído la conversación que acababa de mantener con Muller?

Posiblemente sí, porque ella puso una mano en mi pecho y clamó, llena de angustia:

—¡Por el amor de Dios, Jack! ¡Envía un mensaje a las personas que se encuentran en el volcán, hazlos venir y abandonemos este diabólico lugar!

La aparté con un brusco empujón y dejé caer a Muller sobre una mesa de operaciones.

—Ocúpese de él, doctor. Muller se hará cargo del mando cuando vuelva en sí —ordené.

—¿Puedo saber qué se propone, coronel? —preguntó Donsey.

Sonreí.

—Uno de los mecánicos me acompañará a Demonmouth.

¡Todavía hay allí centenares de toneladas de platino! —exclamó, triunfal.

Ya me volvía, cuando las manos de Diana me apresaron por los brazos.

—Ya que tu razón está cerrada a todo consejo, iré contigo, Jack.

Sentí ganas de reír a carcajadas, pero solamente dije:

—Está bien. Acompáñame, puesto que tú también has perdido el juicio.

CAPÍTULO XII

El volcán rugía, atronador, en las inaccesibles alturas.

Hacia la derecha, dos mil metros sobre nuestras cabezas, la falda del cono volcánico se había hendido en unos doscientos metros, dando lugar a una nueva chimenea que arrojaba torrentes de lava por la empinada superficie de la ladera.

Habíamos cambiado nuestros planes y ahora recogíamos las láminas de la vertiente situada a la izquierda, más libre de movimientos sísmicos.

Continuamente caía sobre nuestras cabezas una lluvia de cenizas y de pequeñas partículas incandescentes que rebotaban sobre nuestros trajes incombustibles y caían rodando cuesta abajo.

Habíamos ascendido más de mil metros desde el fondo del anfiteatro volcánico y la temperatura era ya de sesenta y un grados. Podíamos resistirlo gracias a nuestros trajes termoestables, pero

incluso así todos sudábamos copiosamente, sumergidos bajo el humo y la masa de chispitas fosforescentes que daba un aspecto fantástico a nuestras siluetas.

Yo había subido en el «Carlectric» hasta la zona donde habían perecido diez de nuestros compañeros.

Vi sus cuerpos, destrozados. Algunos miembros humanos yacían desparramados sobre el suelo hirviente.

Palpé el cuerpo de Glosser y lo noté duro como el cartón. ¡Estaba momificado!

Es decir, ya no podía dudar de la veracidad del análisis de laboratorio que Kalavan y Diana habían llevado a cabo sobre las muestras de la momia del gigante del talud.

Miré a mi alrededor, desconfiado.

Cuarenta y tres personas se afanaban a mí alrededor, amontonando las pesadas láminas de platino.

No había nada más. Arriba, estaba el volcán, rugiente, enviando al espacio materias incandescentes. Abajo, nosotros nos afanábamos como hormigas diligentes almacenando cantidades ingentes de metal precioso.

Fue entonces cuando dirigí mis ojos al oscuro y extenso farallón de la izquierda.

La pantalla gigante aparecía vacía, aunque reflejaba a intervalos los destellos que proyectaba sobre la lisa roca el singular «espejo» de cuarzo situado a más de nueve mil metros sobre nuestras cabezas.

De repente la tentación se apoderó de mí. ¿Seguirían proyectándose las extrañas imágenes sobre el farallón negro si elevaba mi visor?

Lo alcé lentamente y miré ansioso.

Imágenes muy confusas brotaban, a tamaño natural, sobre la roca lisa. Luego, algo —el viento, probablemente— disolvió la humareda y ante mis ojos surgió, nítida, la escena que se concretaba sobre el farallón.

Había diez hombres inclinados sobre la pendiente, recogiendo, arrancando láminas de metal.

Todos vestían trajes espaciales. ¡Uno de ellos era Glosser! Lo reconocí fácilmente por el distintivo cromático pegado a su brazo.

Más allá estaba Peter Mansfield. Y en un área de unos treinta metros,, ocho hombres más, todos ellos pertenecientes a la tripulación de la ARCADY-2500.

Esperaba ver algo maravilloso, fantástico, pero durante veinte minutos sólo pude contemplar los movimientos rápidos y eficaces de aquellas personas recogiendo el metal y formando un gran montón en el centro de sus operaciones.

Más allá de ellos, se alzaba un abrupto promontorio rocoso que quedaba en sombras.

Ya me disponía a bajar mi visor, cuando advertí que algo se movía al pie del promontorio de lava solidificada en caprichosos relieves.

Mi aliento se cortó al fijar la gigantesca imagen en mi retina... ¡Era uno de ellos, idéntico a los cadáveres que habíamos encontrado en el talud!

Seguí, estupefacto, los movimientos pausados de aquel ser extraordinario.

Vi sus facciones de simio, sus largos cabellos rojos, enhiestos, como melena de león; sus piernas cortas y potentes; sus vestiduras de piel lanosa, el extraño objeto metálico que portaba en bandolera, pendiendo sobre el pecho...

Apenas pude contener un alarido de espanto cuando el gigante avanzó a enormes zancadas de ocho metros y se abatió sobre el grupo de Mansfield.

El ingeniero fue el primero en morir. El gigante rojo le había alzado del suelo y le proyectaba con temible contundencia contra el suelo: Mansfield quedó inmóvil, con el cráneo aplastado, tal como yo le había visto una hora antes.

Fue una visión espantosa, que jamás podré olvidar.

Glosser se volvió. Quizá había advertido algo extraño y se movió: debió ver la expresión de salvaje ferocidad de aquella criatura, porque le vi quedar paralizado, inerme.

Un brazo descomunal le arrebató del suelo y unas tremendas fauces mordieron su tronco y desgajaron...

Bajé mi visor, horrorizado.

Me sentía incapaz de seguir contemplando la terrorífica escena.

Al cabo de unos minutos, cuando logré recuperar un poco de calma elevé de nuevo el cristal protector de mi casco.

La curiosidad latía en mí como un poder irrefrenable, capaz de elevarse por encima del horror.

Miré. ,

La ladera estaba solitaria, la imagen permanecía en calma, sin movimiento aparente.

Pero sobre el suelo, despedazados, yacían diez cadáveres.

Allí estaban los cuerpos de Glosser, Mansfield, Carman, Black, Standvie, Rokson, Goldman, Beltrán, Bishop y Adller.

Uno solo de aquellos gigantes rojos había terminado con diez hombres.

Me sorprendió mi propio pensamiento:

«Más de quinientos de esos gigantes perecieron en la avalancha de lava hace unos diez años. Pero ¿cuántos de ellos han logrado aclimatarse en Silvershine y se esconden en estos parajes?»

Bajé mi visor y contemplé a mis compañeros, inclinados sobre la humeante ladera, arrancando al volcán toneladas de precioso metal plateado.

Diana estaba muy cerca de mí. Y trabajaba como los demás. Ella no sentía ya la menor ambición, e incluso se sentía dominada por el terror, pero seguía recogiendo láminas como un autómata,

¿Por qué lo hacía?

«Porque desea estar cerca de mí», pensé. Y volví a sorprenderme de mis propios pensamientos.

La inquietud se apoderó de mí.

¿Era una premonición, un augurio como aquel que había experimentado poco antes de que toneladas de bloques incandescentes se abatieron sobre el talud, a cuyo pie nos encontrábamos Kalavan, Hackman, Mansfield, Muller, Diana y yo?

Miré los «Carlectrics», cargados con exceso y me pregunté qué ocurriría si de repente nos atacasen hordas enteras de gigantes rojos.

Porque ahora no me cabía ya ninguna duda de que *aquellos seres monstruosos estaban muy cerca, que quizá espiaban atentamente cada uno de nuestros movimientos.*

Lo había visto todo, proyectado sobre la pantalla gigante que suponía el farallón de la izquierda.

Giré la cabeza y elevé mis ojos hacia la gran veta de cuarzo que proyectaba su potente luz sobre la falda del volcán.

¿Qué misterio óptico se encerraba entre los altísimos picachos que rodeaban el cono de Demonmouth?

De una cosa estaba seguro yo: cualquier movimiento que se produjese en la ladera, cualquier imagen que ocupase aquel lugar sería grabado de forma indeleble. No podía entender en virtud de qué leyes físicas se producía el fenómeno, pero sabía que las escenas serían filmadas y reproducidas sobre el farallón negro.

Sentí un tremendo agobio en el pecho.

Pero la curiosidad me aguijoneaba.

De repente eché a andar decididamente. Me dirigía hacia la izquierda, siguiendo una línea oblicua que iba a desembocar precisamente al pie del promontorio formado por las concreciones de enormes masas de lava solidificada.

Llevaba en mis manos el mortífero «riflestry», un fusil desintegrador químico de gran potencia y muy fiable.

La tierra hervía bajo mis pies y la pendiente me hacía resbalar de vez en cuando.

Sentía miedo, no puedo negarlo.

Prueba de ello era la tensión de mis brazos y de mis músculos faciales y mi respiración agitada y rápida.

Sin embargo, seguía avanzando hacia el promontorio, impelido por la más intensa curiosidad.

Docenas de preguntas presionaban mi mente sin descanso.

¿Quiénes eran aquellos seres gigantescos? ¿Eran inteligentes o animales irracionales, en evolución?

Me preocupaba también la cuestión de su procedencia. Debían ser extraños a Silvershine, puesto que utilizaban grandes naves de extraña apariencia, según pudimos comprobar al descubrir el fenómeno de las imágenes en nuestra primera exploración en la zona del volcán.

En cualquier caso, los gigantes habían conseguido aclimatarse a las particulares condiciones del planeta y, sobre todo, a su atmósfera. Sin embargo, Bill Millan había muerto cuando respiró el aire de Silvershine y su cadáver se había desvanecido en increíbles circunstancias.

Sin apercibirme de ello, acababa de alcanzar el elevado promontorio que se alzaba sobre la pendiente.

Me detuve y elevé la potencia de los dos micrófonos exteriores de mi equipo espacial, ansioso por escuchar algún rumor que pudiera servirme de orientación.

Explosiones horrísonas hirieron mis tímpanos. Pero procedían de las alturas, donde el cráter del imponente Demonmouth continuaba lanzando inexorables bocanadas de gases y materiales incandescentes o fundidos.

Aferré con fuerza el «riflestry» entre mis manos y seguí adelante.

La sombra del promontorio se proyectaba sobre la ladera como un largo dedo acusador. Pero al pie del promontorio no existía nada anormal, ni siquiera un agujero o una hendidura en la ardiente lava sólida.

Estaba mirando la prolongada sombra del promontorio, cuando advertí aquellas huellas.

Recordaban de alguna forma la marca de un pie humano, pero... medían sesenta y cinco centímetros.

Debí volver atrás, pero no lo hice.

Por el contrario, aceleré mis pasos en la medida de lo posible y fui siguiendo aquellas huellas que semejaban la de un pie gigantesco, con sólo cuatro dedos.

¿Era posible que aquellas criaturas pudiesen desplazarse sobre la lava ardiente sin quemarse?

Las huellas me conducían inexorablemente cuesta abajo. Ante mí la tierra aparecía cortada por profundos tajos longitudinales de seis

o siete metros de longitud.

Con mi equipo y el fusil me era imposible salvar el profundo barranco, por lo que me vi obligado a ascender un centenar de metros antes de encontrar un paso practicable.

Sin embargo, el ser, la criatura que me precedía y había dejado grabadas sus huellas sobre el suelo. *había salvado fácilmente el tajo de un solo salto.*

Seguí descendiendo, tras reencontrar las grandes huellas del gigante. La bruma fosforescente se espesó hasta el extremo de que hube de reducir mi marcha, inseguros ya mis pasos.

La pendiente disminuyó y pronto estuve caminando sobre suelo liso, horizontal.

Capté un destello metálico a través de la bruma y el humo que reinaban a ras de tierra.

Luego, de improviso, me encontré apenas a cincuenta metros de *ellos.*

Ocupaban un estrecho desfiladero semejante al que nos había servido de camino hasta el volcán y *eran más de trescientos.*

Me detuve, rígido como una estatua, incapaz de reaccionar.

Sólo mis ojos, espantados, poseían movimiento y capacidad suficiente para captar la imagen de aquellos enormes cuerpos hacinados sobre el suelo o recostados sobre los muros verticales del profundo cañón.

¿Descansaban o… estaban muertos?

Al fin conseguí reaccionar y me retiré sesenta o setenta metros, hasta refugiarme en una pequeña depresión del terreno.

No sé cómo tuve ánimos suficientes para permanecer inmóvil en aquella oquedad cuando, en verdad, mi instinto de conservación me empujaba a huir a toda velocidad, olvidando todo cuanto no fuese mi propia seguridad.

Busqué con manos trémulas mis prismáticos de largo alcance y miré a través de ellos después de graduarlos.

¡Estaban vivos, ahora podía comprobarlo! Cierto que permanecían inmóviles, como en actitud de descanso, pero advertí que

sus pechos se hinchaban y deshinchaban a ritmo lento, como si respirasen.

Algunos de aquellos seres eran más pequeños, de unos dos metros y medio de estatura, aproximadamente. Pero pude ver algunos que medirían muy cerca de los cuatro metros.

Cómo podían aguantar, sin protección, los sesenta y cuatro grados centígrados que marcaba mi termómetro, era cuestión que yo no podía comprender.

«Quizá *ellos* necesitan esta temperatura para vivir», pensé.

Sus rojas cabelleras caían sobre sus enormes hombros de cuadrúmanos y cubrían sus espaldas.

Uno de ellos se movió, de repente, y abrió los ojos. Eran unos enormes ojos transparentes, casi sin color, cristalinos, que tenían un brillo inteligente.

Al movimiento del primero, correspondió una cierta conmoción entre los más próximos individuos, algunos de los cuales se irguieron y olfatearon el aire y promovieron unos sordos rugidos que mis micrófonos de ambiente captaron en toda su horrible sonoridad.

Era algo horrendo, semejante al profundo rugido de un león africano, pero más potente y resonante aún.

Al ver que varios de ellos se alzaban sobre sus piernas de antropoides y abandonaban el desfiladero que les servía de protección, cometí un tremendo error; es decir, abandoné la hondonada, dejé escapar un alarido incontrolado y huí.

El rumor de sus pisadas se elevó a mi espalda por encima del estrépito del volcán.

Corrí y corrí locamente hasta que tropecé y caí rodando.

Giré, veloz, y alcancé mi «riflestry», que había escapado de mis manos.

Los gigantes se aproximaban en pelotón, gruñendo sordamente.

Vi sus enormes piernas como columnas, capaces de superar doce metros en cada zancada, y comprendí que estaba perdido.

Una acción refleja me impulsó a elevar el cañón de mi arma.

Disparé, con los ojos cerrados, seguro ya de que me aplastarían

con sus pies.

El rayo de mi rifle alcanzó a uno de ellos, que cayó de bruces con el pecho deshecho.

Loco de espanto, disparé y disparé, sin precisar demasiado la puntería.

Los gigantes rojos cayeron en confuso montón a diez metros de mí y sus siluetas corpulentas comenzaron a desintegrarse rápidamente.

Seis de aquellos individuos se detuvieron en seco. Contemplaban, sin cesar de hacer muecas espantosas y rugir sordamente, los restos de sus compañeros caídos.

Me incorporé y mis piernas, por sí solas, me trasladaron en una loca carrera a lo largo de la base del volcán.

Una luz muy viva surgió frente a mí. Me detuve, alcé el arma y… no llegué a disparar al reconocer la silueta familiar de uno de nuestros «Carlectric».

Era Diana Davis quien lo conducía. Y fue ella la que hizo girar en redondo el vehículo y gritó a través del intercomunicador:

—¡Aprisa, Jack! ¡Sube!

Corrí a su encuentro y subí de un salto.

Diana oprimía el regulador de velocidad hasta el máximo, pero el «Carlectric» apenas podía llegar a los cuarenta kilómetros por hora, aunque estaba vacío.

—¡Eres una loca! —grité, descompuesto—. ¿Por qué has venido?

Me volví hacia atrás, hacia el límite de los farallones, donde la base del volcán describía una cerrada curva que me impedía ver lo que estaba ocurriendo más allá.

—¡Has cometido una terrible imprudencia viniendo hasta aquí! ¿Por qué, por qué lo hiciste? —grité.

—Porque te amo —respondió ella, sin volverse.

La miré. La vi aferrada a los mandos, tensa, pero animosa y entera, dispuesta a afrontar todos los horrores.

Y entonces advertí que mis ojos estaban llenos de lágrimas. Lo supe porque su sabor salado y amargo humedeció mis labios.

De pronto, en una décima de segundo, comprendí que *el único que había cometido una tremenda locura era yo.*

¿Era posible que el equilibrado y razonable Jack McWitt, coronel-director de la expedición ARCADY-2500, se hubiera dejado llevar por la codicia y la insensatez?

Humildemente, tuve que reconocer que me había comportado como un demente, como un ser irracional.

—¡Yo también te amo! —grité, desesperadamente.

A nuestra espalda resonó el rumor de una carrera de cíclopes.

Y un segundo después, un grupo de gigantes rojos aparecía en el recodo del llano detrás de nosotros.

Disparé ahora con más cuidado, apuntando a la masa de las monstruosas criaturas que nos perseguían.

Dos de ellos cayeron y otros cinco tropezaron sobre los caídos y cayeron a su vez.

Pero eran más de treinta, y unos veinticinco de ellos prosiguieron la persecución.

No podían alcanzarnos, pero se mantenían apenas a ciento cincuenta metros de nosotros, en apretada e impresionante persecución.

—¡Por el amor de Dios! —grité a Diana a pleno pulmón—. ¡¡Llama a nuestros compañeros!! ¡Ordénales que desciendan y se cobijen en el desfiladero! ¡Que lo abandonen todo, excepto sus armas y que se dispongan a defenderse!

La velocidad del «Carlectric» disminuyó algo cuando Diana obedeció mis instrucciones.

Naturalmente, *ellos* tomaron ventaja hasta situarse en tropel apenas a ochenta metros de nuestro vehículo.

Volví a disparar, pero sólo *cayó* uno de ellos. El resto de los gigantes continuó inexorablemente en pos nuestro.

Por desgracia, los acumuladores del vehículo debían estar casi descargados porque la velocidad siguió disminuyendo de forma alarmante.

Disparé y disparé, frenético y desesperado. A cada instante, *ellos*

estaban más cerca.

¡Y uno solo de aquellos cíclopes de cabellera roja bastaría para exterminarnos a todos...!

Volví la cabeza fugazmente y comprobé que estábamos muy cerca del campamento-base.

Nuestros camaradas corrían enloquecidos cuesta abajo, abandonando sus pilas de láminas de platino. Más allá, casi alcanzando el desfiladero, rodaba el segundo «Carlectric». <

Fui a disparar de nuevo, rabioso.

El vehículo sobre el que rodábamos se paró entonces.

Diana me miró, espantada.

—¡¡Jack!! —gimió—. ¡¡Están ahí!!

CAPÍTULO XIII

El tropel pasó sobre nosotros como una barahúnda infernal; el vehículo se inclinó violentamente y volcó.

Creo que el hecho de que Diana y yo quedásemos debajo se debió a un prodigio divino. Porque ello nos libró de morir aplastados bajo los pies del tropel de gigantes rojos.

Como un reptil, quise arrastrarme sobre el piso ardiente para recuperar mi arma, pero un aullido de dolor brotó de mi garganta.

—Me he fracturado la clavícula derecha, Diana —gemí—. ¿Puedes alcanzar mi rifle?

Sólo pude oír un gemido, como respuesta a mis palabras.

Palpé a mí alrededor y toqué su cuerpo.

—¡Diana! ¿Qué ocurre? ¡Respóndeme!

—Me he... torcido un tobillo —habló al fin.

Maldije entre dientes. ¿Por qué en las ocasiones más cruciales las mujeres suelen torcerse un tobillo?

Un rumor sordo y profundo nos obligó a guardar silencio.

Luego enormes pedruscos incandescentes rodaron a nuestro alrededor y algunos de ellos abollaron el «Carlectric» hasta dejarlo inservible.

La tierra hervía a nuestro alrededor y la temperatura había

ascendido hasta los ochenta grados.

—¿Qué… qué está sucediendo, Jack? —exclamó Diana, aterrada.

—El diablo ha abierto sus fauces y vomita sobre nosotros —dije, con un macabro rasgo de humor—. Ha debido abrirse una nueva chimenea en la falda del volcán y nosotros moriremos sepultados bajo… centenares de toneladas de platino fundido.

—¡Dios santo! —sollozó ella, a mi lado.

Dejé escapar una amarga carcajada y exclamé:

—¿Podíamos desear un final más feliz? ¡Sepultados bajo planchas de platino purísimo…!

Diana comenzó a llorar. Lo hacía entrecortadamente con suspiros que surgían de lo más profundo de su corazón.

—Jack… —murmuró quedamente—. No quiero morir porque te amo.

Apreté su mano y cerré los ojos.

En mi fuero interno, comprendí que yo me había merecido la muerte, pero no así Diana.

De todas formas, no estaba en mis manos cogerla en mis brazos y trasladarla, sana y salva, a algún lugar seguro.

Permanecía sumido en tan sombríos pensamientos, cuando, de pronto, advertí que el ruido se había extinguido casi por completo.

Y luego, los altavoces de mi equipo resonaron con fuerza:

—¡Jack! ¡Diana! ¡Responded! ¿Estáis ahí?

Era la voz de Joe Hackman, que yo bendije en aquel momento con toda mi alma.

—¡Hackman, Hackman! ¡Estamos aquí, bajo el «Carlectric» volcado! —respondí.

—¡Al fin! ¡Esperad, estamos muy cerca de vosotros, pero nuestro vehículo apenas puede avanzar sobre este brasero! ¡No os mováis! ¡Os rescataremos de ahí!

Uno de los pedruscos que nos impedían salir se movió y Hackman apareció en aquella especie de madriguera.

—¡Aprisa, aprisa! ¡Vamos, moveos! —gritaba sin cesar.

Diana salió en primer lugar. Yo la seguí después, arrastrándome precariamente y murmurando aullidos de dolor cada vez que me apoyaba sobre el brazo derecho.

Hacía un calor insoportable allá fuera. Entre las enormes rocas caídas de lo alto, vimos brazos gigantescos y piernas enormes emerger como extrañas plantas del jardín del Averno.

—La avalancha los sepultó —dijo Hackman, al tiempo que me ayudaba a caminar hacia el coche eléctrico—. También han perecido muchos de los nuestros, Jack.

—¿Y los demás? —pregunté, con una mueca amarga.

—Caminan hacia la ARCADY-2500. He enviado un mensaje a la astronave. Ordené que activasen urgentemente los reactores. ¿Crees que hice bien? —preguntó Hackman.

Apreté su brazo levemente.

—Es la mejor decisión de toda tu vida —respondí.

Subimos al vehículo. Clarence White nos aguardaba. Y temblaba de espanto: también él había tenido la oportunidad de ver a los cíclopes rojos.

Subimos al vehículo y Hackman lo puso en marcha y enfiló la boca del desfiladero.

—¡Detente! —grité.

—¿Estás loco, Jack? ¿Por qué hemos de detenernos?

—Si seguimos ahora adelante, jamás alcanzaremos la ARCADY-2500. Hay unos trescientos de esos gigantes rojos en un cañón, a poco más de tres kilómetros de aquí. Vendrán en nuestra persecución en cuanto comprendan que la avalancha volcánica ha cesado. ¿Llevamos explosivos a bordo?

Hackman frenó en seco.

—Tenemos unos cien kilos de explosivo plástico. Lo trajimos aquí por si era necesario para sacar el metal a la superficie. ¿Cuál es tu idea?

—Volaremos la entrada de este desfiladero. Ignoro si hay otras salidas desde este anfiteatro, pero estoy seguro de que esos monstruos

no seguirán a través de ésta. ¡Ojalá consigamos detenerlos el tiempo suficiente para llegar a la ARCADY-2500! —exclamé.

Joe bajó por un lado y yo hice lo mismo por el otro. Entre los dos —yo sólo podía servirme de mi brazo izquierdo— arrastramos el cajón metálico de los explosivos hasta la entrada del desfiladero.

Hackman introdujo los electrodos del detonador electrónico en la masa plástica y me empujó hacia el coche eléctrico.

—¡Aprisa! ¡Esto se convertirá en un infierno dentro de tres minutos! —gritó.

Diana puso en marcha el «Carlectric» en cuanto saltamos a bordo. Y su mano apretó el regulador de velocidad hasta el máximo.

Habríamos recorrido algo más de dos kilómetros cuando escuchamos el potente fragor a nuestra espalda.

Una hora después alcanzábamos al resto de los tripulantes de la expedición. Viéndolos —sólo eran veintiuno— sentí que una extraña opresión me ahogaba.

White, Hackman, Diana y yo abandonamos nuestros puestos en el coche y dejamos que seis mujeres y otros tantos hombres subieran.

Seguimos tras el vehículo a la carrera, pero pronto nos sentimos fatigados y hubimos de moderar la velocidad.

Aquélla era la *Marcha del miedo,* porque a cada momento nos volvíamos y mirábamos atrás, temblando ante la posibilidad de vislumbrar a los monstruos rojos a nuestras espaldas.

Al amanecer, rotos, fatigados y vencidos por las emociones, alcanzamos la mole airosa y acogedora de la gran ARCADY-2500.

En el horizonte, con la columna de humo y fuego del volcán al fondo, advertimos algo que se movía en la distancia.

Una horda de casi trescientos gigantes galopaban hacia la astronave.

A pesar de nuestro cansancio, todos los supervivientes nos apresuramos a subir a bordo.

CAPÍTULO XIV

Lo intenté por tercera vez, pero la astronave no despegó.

Entonces me volví, consternado, hacia las personas que ocupaban con White y conmigo la espaciosa cabina de navegación.

Estaban Diana Davis, Donsey, Hackman, Muller, Kalavan, Joanna Barris y nosotros dos.

—Los reactores no han alcanzado aún el necesario grado de actividad —dije con voz ronca—. Tal vez, si nos desprendiésemos de las veintidós toneladas de platino que tenemos en los almacenes conseguiríamos elevarnos. Caso contrario…

La situación era crítica. La pantalla de televisión nos mostraba los rostros animalescos de los gigantes de Demonmouth, que bullían en número de trescientos alrededor de la astronave.

Sus golpes salvajes poco podían contra la fuerte estructura de la ARCADY-2500, pero bastaría que sus enormes moles de más de una tonelada aprisionasen a la vez la nave, para que el despegue fuese imposible. Y después, sólo Dios diría.

Miré fijamente a mis compañeros, uno por uno. Y al cabo, fue Muller el primero en decidirse:

—Arrojemos fuera esas veintidós toneladas de platino —dijo. Y Joanna Barry y todos los demás estuvieron de acuerdo.

El precioso metal fue arrojado al exterior de forma automática. En mi puesto de piloto, manejé los controles y los reactores se

agitaron, potentes. La ARCADY- 2500 vibró levemente y... despegó.

Nuestras cámaras de televisión tomaron fugazmente la escena que tenía lugar a nuestros pies: centenares de gigantes rojos se agitaban, rabiosos, allá abajo.

Aceleré los reactores y la ARCADY-2500 se elevó, potente y majestuosa.

—Volamos hacia Agsmos —dije a través del intercomunicador —. Cumpliremos nuestra misión de investigación allí y... volveremos a casa.

Me volví. Todos habían abandonado la cabina. Todos excepto Diana.

—Se está bien aquí —dije en voz baja.

—Se está muy bien aquí, junto a ti —dijo ella. Y acarició mis mejillas con suavidad y ternura.

Todo estaba perdonado y olvidado.

Joanna vino a verme algunas horas más tarde.

—Tengo que decírtelo o... no podría sentirme en paz conmigo misma, Jack —confesó—. Robé una de esas drogas inhibidoras de la voluntad en el botiquín y la mezclé con tu whisky. No fuiste tú responsable de tu locura: todo se debió a mi despecho y a mi codicia.

Me volví y sonreí.

—Quien esté libre de culpa... —dije. Y ella comprendió.

Confieso que he cometido una falta de disciplina: he olvidado mencionar en mi diario que la ARCADY-2500 descendió sobre un brillante planeta llamado Silvershine.

Pero puedo decir en mi descargo que no lo he hecho por evadir la responsabilidad correspondiente, sino para evitar que futuros expedicionarios a través de esta galaxia puedan sentirse tentados por la codicia.

Y espero que también ustedes me guardarán el secreto.

FIN

[1] **El platino es un metal precioso, raro por su escasez. En nuestro planeta se encuentra en Colombia, los Urales y Sudáfrica, en forma de pequeñas pepitas o plaquitas. Es muy pesado y maleable y puede adaptarse a diversos usos: para electrodos, termoelementos y como catalizador.**

[2] ***Silvershine:*** **Brillo de Plata, en inglés.**

[3] **Iníciales de *Recreation Area.* Literalmente, lugar de recreo, de expansión, de diversión.**

[4] **Apócope de las palabras inglesas *Measurement* (medida) y *Alcohol* (alcohol), de donde *measurcol* o "*medidor* de alcohol".**

[5] **"Boca del Diablo", literalmente, en inglés.**